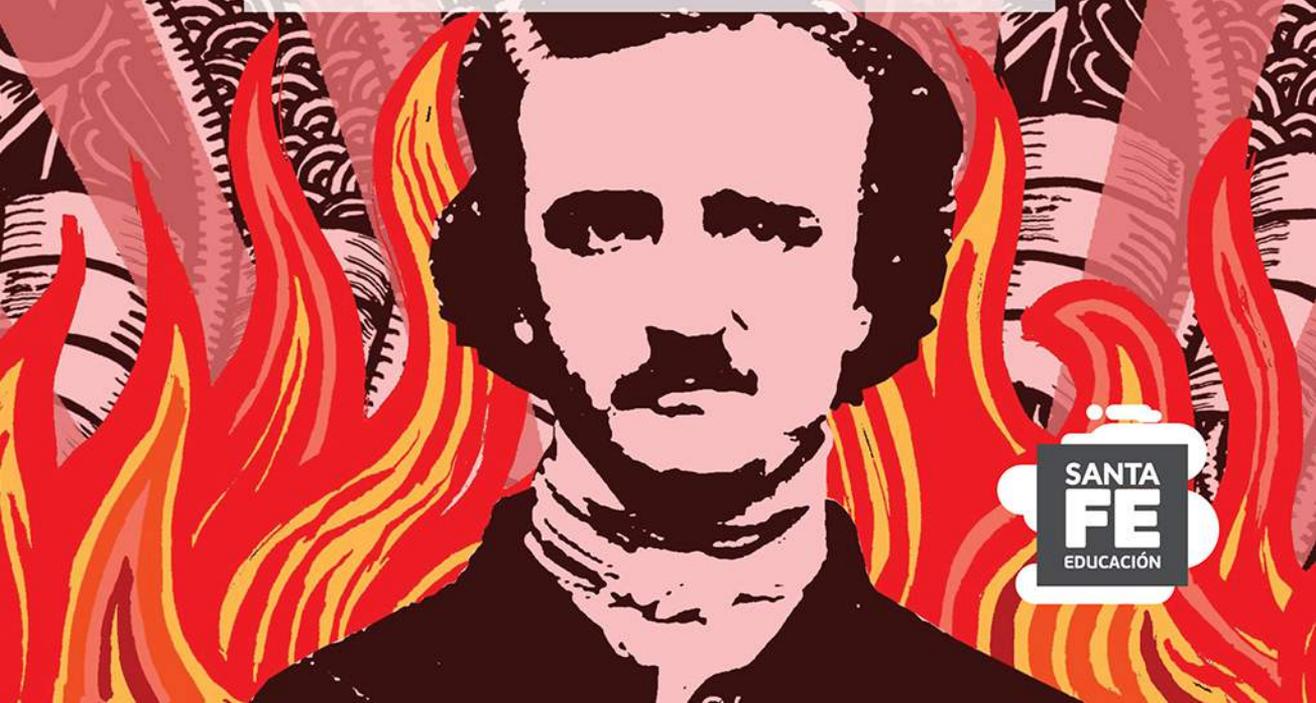


COLECCIÓN REDES DE TINTA

Edgar Allan Poe

CUENTOS DE MISTERIO



Haciendo **CLICK AQUÍ** puedes acceder a la
colección completa de más de 3.500 libros
gratis en infolibros.org

Cuentos de misterio (Colección Redes de Tinta)

Este libro y la Colección son una producción del Ministerio de Educación
de la Provincia de Santa Fe.



Autoridades

Gobernador de la Provincia de Santa Fe
Ing. Miguel Lifschitz

Ministra de Educación de la Provincia de Santa Fe
Dra. Claudia Balagué

Coordinación Editorial

Esp. Carina Gerlero
Lic. Norma Abrahan
Lic. Diego Gurvich
Lic. Marcela Rosales
Lic. María del Huerto Pini

Adaptación: Sebastián Bier
Ilustraciones: Chachi Verona
Edición: Agustín Alzari
Diseño: Liliana Agnellini y Verónica Franco
Corrección: Milena Bertolino

© Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, 2019.

Los libros encierran cuentos, novelas, historias de las ideas, conocimiento infinito y se constituyen como elementos fundamentales para el desarrollo cultural de los pueblos. Desde el Gobierno de la Provincia de Santa Fe queremos impulsar que esos contenidos sean liberados en cada aula, en cada casa, con el objetivo de incentivar la imaginación, el aprendizaje y promover el diálogo. Por ello avanzamos con esta iniciativa que se basa en retomar aquellos clásicos de la literatura como una forma de aportar al desarrollo educativo y cultural de los santafesinos entendiendo que esta articulación hace posible la transformación social.

La política educativa santafesina se basa en la inclusión educativa, el desarrollo de aprendizajes socialmente significativos y la escuela como el escenario privilegiado donde niñas, niños, jóvenes, docentes y familias se encuentran a construir un lenguaje común. La experiencia de la lectura compartida, como instancia dialógica, promueve los valores de la igualdad, el respeto por las opiniones, permite el consenso, el disenso, la argumentación y la reflexión. Pero, sin duda, lo más importante es que promueve la construcción de ciudadanía y los valores esenciales de la convivencia en comunidad.

Espero que a lo largo de sus vidas tengan la oportunidad de muchas lecturas compartidas, de muchas tertulias literarias, que los hagan crecer como protagonistas de sus propias historias y nos hagan crecer a todos como sociedad democrática.

Ing. Miguel Lifschitz
Gobernador de Santa Fe

Cada encuentro con un libro es una explosión de sentidos. Las manos se deslizan por la página en una caricia que enseguida se convertirá en chasquidos que la pasan hacia adelante; los ojos hacen una mirada para abarcarlo todo, y luego se detienen a disfrutar formas y colores; muy cerca de la cara, el aroma inconfundible “a libro” que transporta a las noches de cuentos al borde del sueño.

Luego, se desata la avidez por recorrer letras e imágenes, incluidos los blancos silencios, para saber qué dice este libro. Entonces comienza un viaje al centro de la imaginación del que nunca volvemos siendo los mismos.

Después de la experiencia de leer un libro, después del motor de la curiosidad que acelera el ritmo para saber quién está, cómo es, qué hace, cómo termina... después de la experiencia de imaginar tantas historias a partir de una, se transforma lo que sabemos, lo que creemos, lo que sentimos sobre cada pedacito del mundo.

Y justo en ese punto, el libro y la escuela se dan la mano en una alianza indisoluble e infinita.

Porque la escuela propone, al igual que los libros, sumergirse en nuevas experiencias para crecer, para crear, para transformarnos y transformar la realidad en que vivimos.

Aun en el acto individual de la lectura hay un sentido colectivo que se fortalece, porque la historia siempre es parte del patrimonio cultural de una comunidad, y porque además de la experiencia personal, cada historia moviliza al encuentro con otros para compartirla. Así acontece la magia de la transmisión, de la que la escuela, como institución social, es artífice.

En la provincia de Santa Fe, creemos que es muy importante este momento en que este libro, que atesora una historia, llega a tu encuentro en el marco de una tertulia literaria.

¿Sabés qué significa estar de tertulia? Es encontrarse con otros para conversar, para recrearse. Es como estar de fiesta. Así que en esta tertulia comienza una maravillosa experiencia para compartir en el aula, y también para llevar a casa, para disfrutar, imaginar, conversar y recrearse en familia.

Todos los que trabajamos por la educación, y por hacer con ella un mundo mejor, celebramos que con este libro en tus manos explotan todos tus sentidos. Un nuevo proceso de creatividad y aprendizajes se pone en marcha para no detenerse jamás.

Dra. Claudia Balagué
Ministra de Educación de Santa Fe

Las tertulias literarias: de las Comunidades de Aprendizaje a Escuela Abierta

Desde el Gobierno de la Provincia de Santa Fe llevamos adelante una política educativa que tiene como propósito la inclusión con calidad educativa y la escuela como institución social. En este marco, se implementan los programas Escuela Abierta y Comunidades de Aprendizaje que, en esta oportunidad, se articulan en una propuesta que involucra la edición de este libro y la implementación de una práctica pedagógica innovadora que fortalece los procesos de lectura y escritura a través de tertulias literarias en toda la provincia.

Escuela Abierta es un programa de formación permanente con miras a desarrollar nuevos conocimientos para la acción transformadora que caracteriza a todo proceso educativo. Tiene su origen en el marco de acuerdos federales, constituyéndose en la forma específica que adquiere el Programa Nacional de Formación Permanente en Santa Fe.

Desde la implementación de este Programa en 2014, el Gobierno de Santa Fe pone en valor la formación docente desde una mirada centrada en las instituciones educativas, con carácter colectivo y contextualizado, donde emergen la reflexión compartida y los acuerdos institucionales como aspectos centrales en el desarrollo de la tarea y profesión docente para todos los niveles y modalidades del sistema educativo santafesino. El proceso de formación propuesto posibilita compartir material bibliográfico actualizado y conferencias de especialistas en distintos temas que atraviesan la educación tales como: "Nuevos formatos de enseñanza"; "Educación, territorio y comunidad"; "Autoevaluación institucional"; "Participación, convivencia y ciudadanía", "Trayectorias estudiantiles", "Educación Sexual Integral" y la "Prevención de Consumos Problemáticos de Sustancias y Adicciones".

Actualmente, el desafío se basa en trabajar la enseñanza y el aprendizaje de la lectura, la escritura y la comprensión de textos. Entendiendo que estos aprendizajes de complejidad creciente no se reducen a una técnica sino que habilitan la posibilidad de constituir un pensamiento crítico, la construcción de ciudadanía y de un proyecto individual y colectivo de emancipación.

Así, se propone un trabajo coordinado con Comunidades de Aprendizaje, un programa que surge de una iniciativa articulada con el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC) y el Instituto Natura, basado a su vez en la participación de la comunidad en el proceso educativo y en cuyo seno cobran sentido las tertulias literarias como estrategia específica que permite otro modo de acceder a la lectura; otro modo de acceder a los clásicos universales de la cultura.

De la experiencia desarrollada aprendimos que las tertulias literarias son una estrategia pedagógica que permite tomarse el tiempo y construir el espacio para escuchar y escucharse, para construir un pensamiento reflexivo, para pensar, crear e imaginar con otros distintos escenarios ante situaciones cambiantes.

En esta nueva etapa, realizamos este y otros libros y los acercamos a los niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos que atraviesan el sistema educativo de Santa Fe y a sus docentes; desarrollamos una formación docente que fortalece su implementación en las escuelas y acompañamos con los equipos territoriales de Escuela Abierta y Comunidades de Aprendizaje a las escuelas en este nuevo desafío; que no es ni más ni menos que el desafío de educar ciudadanos solidarios, libres, críticos y comprometidos.

¿Cómo hicimos el libro?

Los libros tienen un autor, pero además son el fruto de otras muchas miradas. Antes de que llegue el libro a las manos del lector, alguien tiene que escribirlo (¡Edgar Allan Poe lo hizo hace más de 170 años!), el ilustrador hacer los dibujos, el editor revisar el texto y las imágenes, el diseñador buscarles el mejor lugar en la página, y finalmente, cuando todos quedaron contentos, el corrector debe luchar por encontrar erratas (así se les dice a los errores de los libros): esas esquivas criaturas que se esconden como piojitos entre los renglones y las hojas. Una vez terminado ese trabajo se envía a la imprenta donde lo fabrican.

Para esta edición pensamos una selección de cuentos para ingresar al universo de Poe. Todos ellos figuran entre sus grandes obras, y uno, «Los crímenes de la calle Morgue», inaugura directamente un género: es el primer policial de la literatura. Encargamos a Sebastián Bier, guionista y traductor de Rosario, una versión de los cuentos. Y mientras él trasladaba al español las palabras del genio de Boston, el artista Chachi Verona hacía lo propio en su estudio-jardín: de las palabras a las imágenes en tinta y papel, sus grandes aliados que lo han hecho célebre.

Edgar Allan Poe

CUENTOS DE MISTERIO



El corazón delator

¡Es cierto! Estuve y estoy muy nervioso, pero no estoy loco. ¿O sí?

La enfermedad, lejos de anular o destruir mis sentidos, me los ha agudizado. Al del oído por encima de todos. Escuché cada una de las cosas en el cielo y en la tierra.

Escuché otras tantas en el infierno.

¿Será entonces que estoy loco?

¡Presten atención! Y vean lo cuerdo que estoy, cuán calmo relato la historia completa.

No podría precisar la manera en que la idea ingresó a mi mente, pero una vez allí me obsesionó. No tenía ningún objetivo. No estaba enojado. ¡Cómo quería a ese viejo! Siempre había sido bueno conmigo, jamás me insultó. No se puede decir que envidiara su oro. Debe haber sido su ojo. ¡Sí, su ojo! Ese ojo de buitre, azul pálido, con un ligero velo. Se me helaba la sangre cuando se posaba en mí. Fue ese y no otro el germen de la idea: tenía que matar al anciano para librarme de ese ojo para siempre.

El punto es el siguiente: ustedes creen que estoy loco. Pero un loco no podría haber hecho lo que hice yo. Deberían haberme visto. Deberían haberme observado actuar. Cauteloso, sagaz, previsor. Nunca antes había tratado a mi patrón con tanta amabilidad como la semana previa a matarlo. Cada noche, cerca de las doce, abría su puerta con infinita delicadeza hasta crear el espacio suficiente para meter mi cabeza. Con una linterna tapada (cubierta de modo que la luz no escapaba de ella), seguía, de a poco, muy de a poco, metiendo la cabeza en la habitación. Se habrían reído de ver lo lento que me movía. No quería despertar al viejo. Una hora me llevó introducir la cabeza en una posición desde la cual podía verlo tendido en su cama. ¿Podría un loco ser tan cauteloso? Una vez dentro de la habitación abrí la linterna —suave, muy suavemente, pues no quería hacer ruido— hasta que un solo rayo de luz iluminó el ojo de buitre. Repetí la misma escena a lo largo de siete noches, justo a las doce, pero siempre encontré el ojo cerrado. Así era imposible llevar a cabo mi plan. Pues no era el anciano el que me atormentaba, sino su Ojo Diabólico.

Cada mañana, al amanecer, entraba a su habitación como si

nada hubiese pasado. Le hablaba con naturalidad, lo llamaba por su nombre, lo trataba con un tono cariñoso, le preguntaba cómo había pasado la noche. Comprenderán que se requeriría de un hombre increíblemente perspicaz para sospechar que todas las noches, a las doce, yo lo observaba dormir.

La octava noche fui incluso más prudente al abrir la puerta que en varias de las ocasiones anteriores. La aguja que marcaba los minutos se movía más rápido que yo. Nunca, como esa noche, había sentido la inmensidad de mi poder, de mi sagacidad. Casi no podía contenerme al pensar que estaba allí, abriendo poco a poco la puerta, y él ni siquiera podía soñar con mis intenciones secretas ni con mis pensamientos. Esta idea me provocó una leve risa que el anciano pudo haber oído, ya que se movió como asustado. Podrán suponer que retrocedí, pero no. La habitación estaba oscura como un pozo, con las persianas cerradas por miedo a los ladrones. Yo sabía que él no podía ver la puerta abierta. Así que seguí empujando, de a poco, lentamente. Ya había metido la cabeza y estaba a punto de abrir la linterna cuando mis dedos resbalaron sobre el encendido y el anciano se levantó como un resorte, gritando:

—¿Quién anda ahí?!

Me quedé quieto sin abrir la boca. No moví un músculo durante una hora, en la cual no oí que se volviera a acostar. Estaba en su cama, alerta —igual que lo estaba yo, noche tras noche—, escuchando los relojes de la muerte en la pared.

Oí entonces un leve quejido, y supe que era el quejido propio de un terror mortal. No era un quejido de tristeza o dolor, ¡no!, era el

sonido ahogado que surge del fondo de un alma aterrorizada. Conocía bien aquel sonido. Muchas noches, a las doce, cuando todo el mundo dormía, los terrores que me atormentaban subían desde mi pecho abismándose en un eco pavoroso. Dije que lo conocía bien. Sabía lo que el anciano estaba sufriendo ahora, y de alguna manera me compadecía de él, aunque mi corazón en el fondo se riera. Sabía que había estado despierto desde que escuchó ese primer ruido. Y sus temores se habían ido acumulando desde entonces. Había intentado tranquilizarse adjudicándoles causas naturales a esos ruidos, sin mayores resultados. Se había estado diciendo a sí mismo: «es solo el viento en la chimenea, un ratón, o simplemente un grillo el que ha hecho el ruido». Sí, había estado tratando de tranquilizarse con esas suposiciones, pero era en vano. En vano porque la Muerte lo acechaba y lo había envuelto en las negras sombras que la preceden. Fue la influencia de esas sombras lúgubres la que le hizo presagiar —ya que no podía verme o escucharme— la presencia de mi cabeza en la habitación.

Esperé un largo tiempo, con paciencia, sin escuchar que se volviera a dormir. Decidí destapar la linterna un poco, solo un poco, muy poquito. No podrían imaginar lo sutil de mis movimientos, la delicadeza con la que permití que ese único rayo de luz, fino como una telaraña, se desprendiera para iluminar de lleno el ojo.

Estaba abierto, completamente abierto. La furia se despertó en mí de solo verlo. Allí estaba, azulado, con ese repulsivo velo que me estremecía hasta la médula. Ninguna otra parte del rostro del anciano se me reveló, pues había dirigido el haz de luz directamente al círculo maldito.

¿No les había dicho que lo que confunden con locura no es más

que una exagerada percepción de los sentidos? Pues bien, a mis oídos llegó entonces un sonido grave, opaco, repetitivo, como el de un reloj envuelto en algodón. Conocía ese sonido también. Era el latir del corazón del viejo. Amplificaba mi ira como el redoblar del tambor infunde coraje en los soldados.

Pero incluso en ese momento pude contenerme y permanecer quieto. Apenas respiraba. Mantuve la linterna fija, quería ver hasta qué punto podía mantener el rayo de luz sobre el ojo. Mientras tanto, el infernal latido crecía y crecía. Se volvía más rápido, más sonoro. El anciano debía estar aterrado. Su corazón latía más rápido, más fuerte, a cada momento.

Recuerdan que les he dicho que estoy nervioso: ¡y lo estoy! Ahora, en la hora muerta de la noche, en medio del silencio absoluto de esa vieja casa, aquel sonido tan extraño me causó un terror incontrolable. Pude, sin embargo, mantenerme quieto unos minutos más. El corazón seguía latiendo, más fuerte y más rápido, tanto que pensé que iba a estallar y un vecino lo podría escuchar. Fue esa idea la que me llenó de ansiedad. ¡Al viejo le había llegado su hora!

Di un alarido y entré a la habitación abriendo la linterna. Él gritó una vez, una sola. Al instante lo había tirado al piso y aplastado con la cama. Sonreí alegremente al saber que lo había asesinado.

Sin embargo, su corazón siguió latiendo con un difuso sonido por unos minutos más. Lo cual no me molestó, pues no había peligro de que eso atravesara la pared.

Por fin se detuvo. El anciano estaba muerto. Quité la cama y examiné el cuerpo. Estaba completa e irremediabilmente muerto. Puse la

mano sobre el corazón y allí la dejé por varios minutos. No había pulsaciones. Estaba muerto. Su ojo ya no me molestaría más.

Dejarán de creer que estoy loco cuando describa las brillantes precauciones que tomé para ocultar el cuerpo. La noche llegaba a su fin y trabajé duro pero en silencio.

Retiré tres planchas de madera del piso de la habitación y deposité el cuerpo en aquel hueco. Reemplacé luego las tablas con tanto cuidado que ningún ojo humano —ni siquiera el suyo— podría haber notado algo. No había nada que lavar, ni un rastro de sangre, había sido extremadamente cauteloso.

Eran las cuatro de la madrugada cuando terminé y todavía estaba oscuro como a la medianoche. Mientras las campanas señalaban la hora, alguien llamó a la puerta. Bajé a abrir con tranquilidad, ¿qué habría de temer? Tres hombres ingresaron presentándose con buenos modales como oficiales de policía. Un vecino había escuchado un grito, existía la sospecha de algún ilícito, se había radicado la denuncia en el cuartel policial y estos tres oficiales venían a registrar la casa.

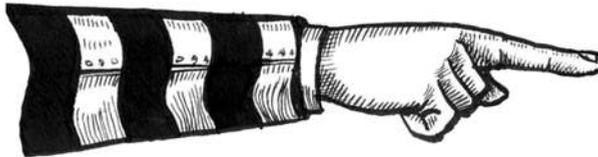
Sonreí, pues no tenía nada de lo que atemorizarme. Di la bienvenida a los hombres y los invité a pasar. El grito, expliqué, provenía de mis pesadillas. Y mencioné que el anciano se encontraba de viaje. Les mostré toda la casa a los visitantes. Les rogué que registraran, que buscaran bien. Por último, los conduje hasta la habitación. Les mostré las riquezas del viejo, seguro, sin ningún temor. En un exceso de confianza llevé sillas a la habitación y los invité a sentarse y descansar allí. Mientras tanto, con la audacia propia del triunfo, puse mi silla exactamente sobre el lugar donde se encontraba enterrado el cuerpo.

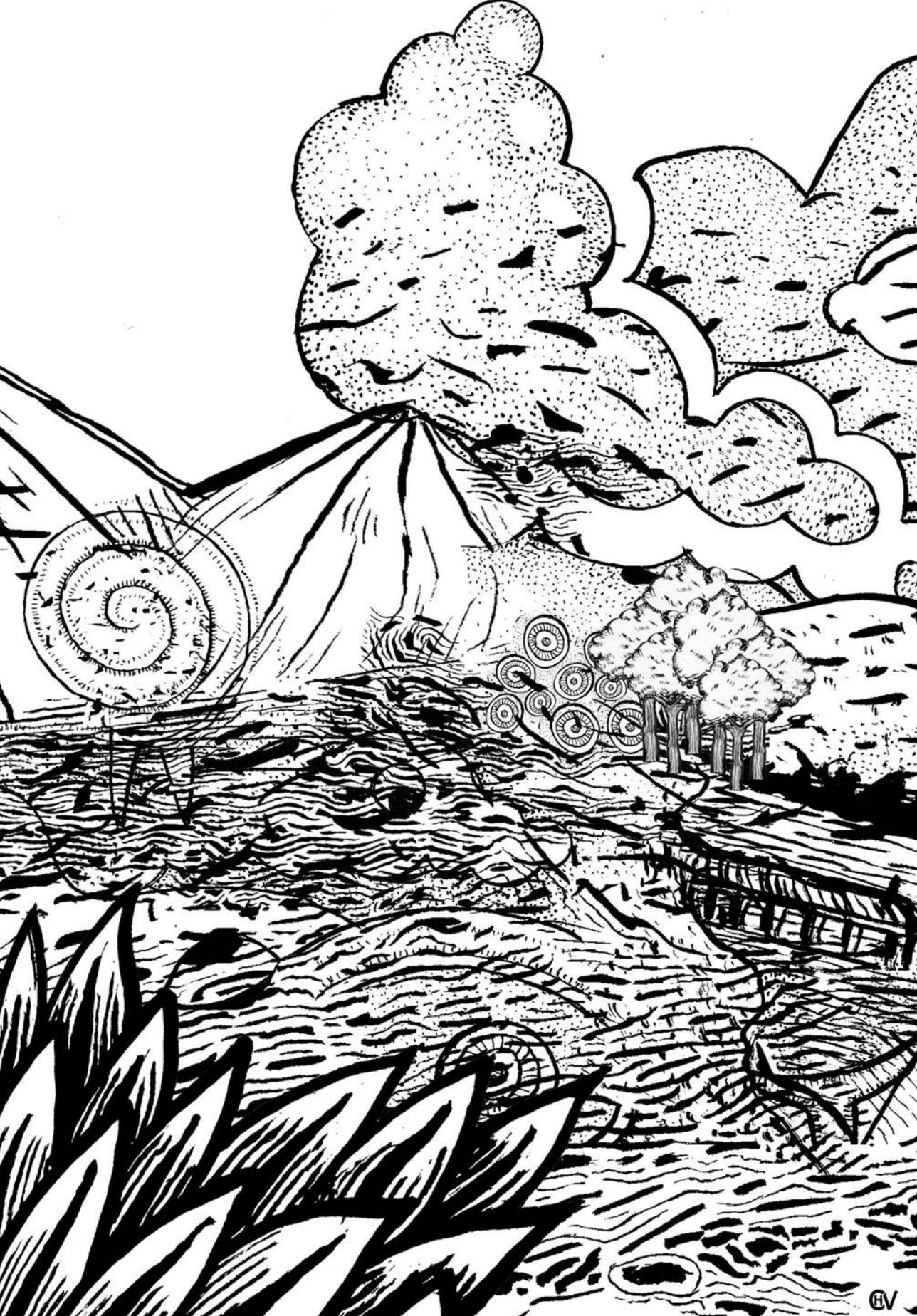
Los oficiales se dieron por satisfechos. Mi comportamiento los convenció. Me encontraba particularmente tranquilo. Se sentaron y mientras gentilmente respondía a sus preguntas, charlamos sobre cosas sin importancia. El tiempo transcurrió y empecé a desear que se fueran, empalidecí. Me dolía la cabeza, sentía un rumor en mis oídos. Ellos continuaban con su charla inconducente. El sonido se hizo más preciso, se aclaró. Hablé más para taparlo, pero simplemente continuó con cada vez mayor claridad hasta que comprendí que el sonido no estaba en mis oídos.

Sin dudas me puse *muy* pálido, y, aunque hablaba fluido, subí el volumen mi voz. El sonido seguía creciendo, ¿qué podía hacer? Era un sonido grave, opaco, repetitivo, como el de un reloj envuelto en algodón. Inspiré buscando aire, los oficiales seguían sin oírlo. Hablé más velozmente, más efusivamente. El sonido seguía creciendo. Me levanté y discutí sobre cosas sin sentido en voz alta, gesticulando mucho. El sonido, sin embargo, seguía creciendo. ¿Por qué no se iban? Caminé con pasos firmes todo a lo largo de la habitación, como si las observaciones de estos hombres me excitaran y el sonido, sin embargo, no paraba de crecer. Dios mío, ¿qué podía hacer? Echaba espuma por la boca, desvariaba, lo juro. Estrellé la silla en la que estaba sentado sobre las tablas de madera bajo las cuales un sonido, ese sonido, no paraba de crecer. Los hombres seguían alegremente charlando, riendo. ¿Era posible que no escucharan? Mi dios, no, ¡no! ¡Escucharon! ¡Sospechan! ¡Lo saben! Se estaban burlando de mi terror. Eso es lo que pensé en aquel momento, y es lo que sigo pensando. Cualquier cosa era mejor que ese martirio. Cualquier cosa era mejor

que seguir soportando esa burla. No podía seguir tolerando esas sonrisas hipócritas. Debía gritar o morir. Y entonces otra vez: más fuerte, más fuerte, ¡más fuerte!

—¡Cretinos! —les grité—. ¡Ya no simulen! Admito que lo he matado, busquen bajo las tablas, ahí está, ¡ahí! ¡Es el latido de su maldito corazón!





Sub conservatione formae specificae salva anima.
(*El alma se salva porque conserva su individualidad*).

Raymond Lully

Desciendo de un linaje famoso por el fervor de sus enamoramientos y el ardor de sus pasiones.

La gente piensa que estoy loco, pero eso es algo que está por verse. ¿Es la locura una forma profunda de la inteligencia?

Puede ser... Todo lo que es sublime, penetrante ¿surge en realidad de alguna anomalía del pensamiento?

¿Proviene lo sublime de mentes que piensan por fuera de lo común?

No hay certezas al respecto. Aquellos que sueñan de día ven cosas que los que solo sueñan de noche no pueden ver. En sus visiones imprecisas pueden vislumbrar la eternidad y, al despertar, maravillarse de haber estado a punto de descubrir el gran secreto. En pequeños arrebatos, pueden aprender lo bueno de la sabiduría y aún más del mero conocimiento del mal. Penetran sin brújula en el vasto océano de lo «apenas comprensible» y, como el geógrafo nubio, «*agressi sunt mare tenebrarum, quid in eo esset exploraturi*» («se aventuran en la oscuridad del mar para explorar sus misterios»).

Digamos, entonces, que estoy loco. Puedo conceder que hay dos estados distintos de mi locura: una razón lúcida que no puede ser cuestionada (y pertenece a la memoria de eventos ocurridos en la primera época de mi vida), y una condición dubitativa o borrosa, del presente, perteneciente al otro de los grandes períodos de mi vida. Crean, por lo tanto, todo lo que les relato sobre la primera parte de mi vida. Duden por completo, o todo lo que crean necesario, del relato que pueda brindarles sobre la última época de mi vida. Si no pueden hacer esto último, hagan lo que hizo Edipo con el acertijo.

Aquella que amé en mi juventud, y sobre la que serenamente escribo estas memorias, era la única hija de la hermana de mi madre, muerta largo tiempo atrás. Eleonora era el nombre de mi prima. Habitamos juntos desde siempre, bajo un sol tropical, en el Valle del césped multicolor. No se podía encontrar el valle sin guía, ya que el largo camino que conducía hasta allí estaba rodeado de altísimos picos que impedían que el sol iluminara sus más recónditos paisajes. No había un camino que llevara a nuestro feliz hogar sin tener que

apartar, con fuerza, las hojas de los miles de árboles selváticos y aplastar los millones de fragantes flores que lo rodeaban. Así vivíamos, desconociendo el mundo fuera de nuestro valle. Solos, mi prima, su madre y yo.

De las vagas regiones tras las montañas en el límite más alto de nuestros cerrados dominios, bajaba un río angosto y profundo, más brillante que cualquier cosa, a excepción de los ojos de Eleonora. Serpenteando discretamente, su ondulante curso recorría sombreados cañones entre colinas más oscuras aun que aquellas desde las cuales brotaba. Lo llamábamos «Río del silencio», porque sometía a uno a su silencioso influjo. Ni un murmullo brotaba de él, y tan tranquilo corría que los guijarros perlados que amábamos observar en su lecho se mantenían incólumes, inmóviles en su lugar, brillando majestuosamente para toda la eternidad.

Las márgenes del río, los deslumbrantes riachuelos que se deslizaban hasta él sinuosamente, el espacio que se extendía hacia las profundidades de la corriente hasta llegar al lecho donde los guijarros yacían, así como todo el valle, desde el río hasta las montañas que lo rodeaban, estaban tapizados por verdes y suaves pasturas. Estas eran gruesas, cortas, parejas y con aroma a vainilla. La verde alfombra se veía salpicada con ranúnculos amarillos, margaritas blancas, violetas púrpuras, gamones rojo rubí. Su altísima belleza llenaba nuestros corazones con los tonos fuertes de la gloria de nuestro Señor.

Aquí y allá, en bosquecitos surgidos entre este césped como en el más salvaje de los sueños, se elevaban fantásticos árboles cuyos

troncos no se erigían rectos, sino más bien graciosamente inclinados hacia la luz que al mediodía ingresaba al centro del valle. Las manchas de sus cortezas alternaban el vívido esplendor del ébano y la plata, y no había nada más suave, salvo las mejillas de Eleonora. De no ser por el vivo verde de las enormes hojas que se derramaban desde sus cimas en largas líneas trémulas, retozando con los céfiros, podría habérselos confundido con gigantescas serpientes de Siria rindiendo homenaje a su soberano, el Sol.

Quince años transitamos tomados de la mano Eleonora y yo este valle antes de que el amor ingresara a nuestros corazones. Una tarde, cerca de cumplir ella los quince años y yo los veinte, nos sentamos abrazados, entre los árboles que asemejan serpientes, y observamos nuestras imágenes reflejadas en el agua del Río del silencio. No pronunciamos palabra durante lo que quedaba de ese hermoso día; incluso al día siguiente nuestras palabras fueron trémulas y escasas. De esas ondulaciones sacamos al dios Eros y sentimos nuestras almas arder con la misma llama que encendió las pasiones de nuestros ancestros. Esas pasiones que durante siglos habían distinguido a los nuestros sobrevinieron a nuestras propias aficiones llenando el Valle del césped multicolor con una felicidad delirante. Un cambio sobrevino sobre todas las cosas. Brotaron flores brillantes, extrañas, con formas de estrellas, en árboles donde nunca había habido flor alguna. Los verdes tonos del césped se profundizaron, y donde había blancas margaritas aparecieron diez asfódelos rojo carmín. La vida brotaba a nuestro paso. Los flamencos, nunca antes vistos en nuestro valle, junto con otras coloridas aves,

paseaban su plumaje escarlata frente a nosotros. El río se llenó de peces dorados y plateados, y, desde su lecho, poco a poco, se podía escuchar un murmullo que, prolongándose, se transformaba en una melodía de ensueño más divina que el harpa de Eolo, más dulce que cualquier otra cosa, excepto la voz de Eleonora. Y una voluminosa nube que observamos en las regiones del Héspero nadaba en su magnificencia de oro y carmesí. Infundiendo paz sobre nosotros, descendía cada vez más hasta que sus bordes descansaron sobre las cimas de las montañas, convirtiendo toda su oscuridad en esplendor y encerrándonos, en lo que para entonces considerábamos eternamente, una mágica y gloriosa casa-prisión.

La belleza de Eleonora, cándida e inocente como la corta vida que había llevado entre las flores, era la de un serafín. Su corazón era sincero en cuanto al amor que lo animaba, y conmigo examinaba los poderosos cambios producidos en el Valle del césped multicolor mientras caminábamos charlando.

Un día, entre lágrimas, me habló del triste e inevitable destino de nosotros, los mortales. Desde entonces volvió a este amargo tema una y otra vez, trayéndolo a cada conversación, como el poeta de Schiraz, que variaba las frases y las imágenes una y otra vez sin cambiar nunca de tema.

Había visto a la Muerte acariciar su pecho, y, como Ephemeron, se dio cuenta de que había nacido en amorosa perfección solo para morir. Los terrores de la parca, sin embargo, la esperaban en algo que pudo revelarme en el crepúsculo de una noche a la vera del Río del silencio. Le apenaba pensar que, de ser enterrada en el Valle





del césped multicolor, partiría yo de sus paisajes para transferir el amor que ahora apasionadamente sentía por ella a otra doncella del mundo exterior. Allí mismo me arrojé a sus pies y ofrecí una promesa, a ella y a los cielos: nunca me casaría yo con una hija de este mundo, nunca traicionaría su memoria ni la memoria de su amor, con el que había sido bendecido. Invoqué entonces al Creador para que fuera testigo de la piadosa solemnidad de mi promesa. La condena con que sellé mi pacto con Dios, y con Eleonora, mi condena, en caso de no cumplir mi promesa, incluía una pena tan tremenda que me resulta imposible de transcribir. Los ojos de Eleonora se llenaron de brillo al escuchar mis palabras y suspiró como se suspira cuando se saca uno del pecho un peso mortal. Tembló y lloró amargamente, pero aceptó mi voto (era simplemente una niña). Eso la ayudó a aceptar su muerte. No muchos días después, mientras agonizaba, me dijo que a cambio de mi promesa su espíritu cuidaría de mí una vez que se hubiera separado de su cuerpo y que, de serle permitido, volvería de una manera en que yo pudiera verla en las noches. Pero que, si esta práctica no les fuese permitida a los espíritus del Paraíso, haría notar su presencia frecuentemente a través de suspiros en el viento o perfumando el aire que respiraba. Y, con estas palabras, dejó su inocente vida y puso fin al primer período de la mía.

Hasta aquí he reproducido fielmente la historia. Pero cuando avanzo en el tiempo y traspaso la barrera forjada por la muerte de mi amada, procediendo a relatar los sucesos de la segunda etapa de mi vida, siento que las sombras se acumulan en mi mente y no puedo confiar en la sensatez de mis registros. Déjenme no obstante continuar.

Los años pasaron pesadamente, y todavía estaba de luto en el Valle del césped multicolor cuando un segundo cambio sobrevino en las cosas que me rodeaban. Las flores con forma de estrella desaparecieron del tronco de los árboles, volviéndose simples tallos. Los distintos tonos del verde del césped se esfumaron, los gamones rojo rubí se marchitaron y en su lugar florecieron cientos de violetas con forma de ojos siempre llenos de rocío. La vida se alejó de nuestros caminos; el alto flamenco dejó de regalarnos su plumaje escarlata y se alejó tristemente de nuestro valle junto con todas las aves que con él habían llegado. Los peces plateados y dorados se marcharon a través del cañón, buscando las dulces aguas del río que se encontraba fuera de nuestro valle. La melodía, más dulce que el arpa de Eolo y más divina que la voz de Eleonora, fue desapareciendo de a poco del río, sus murmullos se hicieron más y más inaudibles, hasta que el curso de agua volvió a la solemnidad de silencio. Por último, las enormes nubes ascendieron, abandonando los picos de las montañas y arrebatando a nuestro Valle del césped multicolor sus dorados y hermosos colores que nos hacían pensar en la gloria.

Las promesas de Eleonora no fueron en vano. Escuché los ruidos de los llamadores de ángeles y sentí aires perfumados flotando siempre en el valle y, en las horas solitarias, cuando mi corazón latía pesadamente, las brisas que bañaban mi frente llegaban cargadas de suaves suspiros y diferentes rumores llenando el aire de la noche. Y una vez, ¡solo una!, desperté de mi sueño con el beso de unos labios astrales sobre los míos.

El vacío de mi corazón, sin embargo, se negaba a ser llenado. Añoraba el amor que solía embargarlo. Finalmente, el valle comenzó

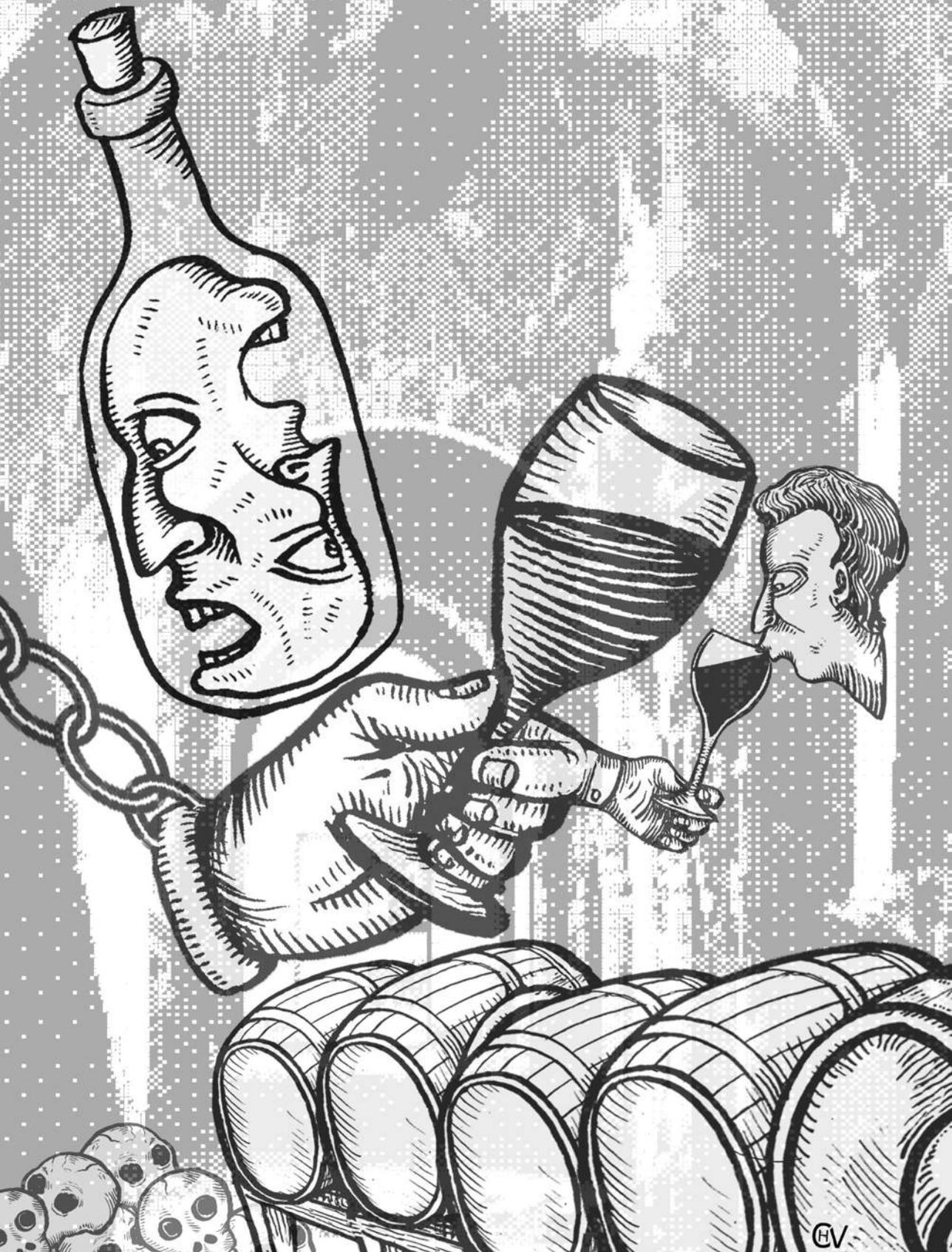
a dolerme por los recuerdos de Eleonora y lo abandoné para siempre en busca de la vanidad y los violentos triunfos de la vida mundana.

Me encontré en una ciudad extraña, donde todo parecía borrar el recuerdo de los dulces sueños que soñaba en el Valle del césped multicolor. Mi cerebro se vio intoxicado y enloquecido por las pompas y espectáculos de la corte, el loco estruendo de las armas y la radiante hermosura de las doncellas. La presencia de Eleonora todavía me era revelada durante las solitarias horas de la noche y mi voto se conservaba incólume. Pero todas estas manifestaciones desaparecieron de la noche a la mañana. El mundo se volvió gris frente a mis ojos, y los ardientes pensamientos y las terribles tentaciones de las que fui objeto me dejaron pasmado. Había llegado de un lugar remoto, de una tierra lejana y desconocida, hasta la corte del rey al que yo servía, una doncella de una belleza tal que mi corazón gozoso se rindió a sus pies de inmediato, en el más abyecto de los actos de amor. ¿Cómo comparar mi pasión por la muchacha del valle con la adoración que de mis poros emanaba por la etérea Ermengarde? ¡Oh, brillante era la angelical Ermengarde! Sabiendo eso, mi corazón no tenía lugar para nadie más. Y al adentrarme en la profundidad de sus ojos solo podía pensar en ellos, y en ella.

Me casé sin temor al voto que había invocado, y su amargura no me visitó. Y una vez, solo una, en el silencio de la noche, los suaves suspiros que me habían abandonado atravesaron mi reja, transformándose en una voz suave y familiar que me dijo:

—Descansa en paz. El espíritu del amor reinará, y, al entregar tu corazón a aquella doncella llamada Ermengarde, quedas absuelto de tus votos hacia Eleonora por razones que has de conocer cuando atraveses las puertas del Paraíso.





El tonel de amontillado

Toleré como pude mil pequeños agravios de Fortunato. Pero cuando se atrevió a llegar hasta el ultraje, juré vengarme. Ustedes, que conocen bien mi temperamento, no supondrán que proferí la más mínima amenaza. Algún día iba a vengarme, estaba decidido. Pero esa determinación incluía la idea de no correr riesgo alguno. No solamente era necesario castigar, sino castigar con impunidad. No se repara un ultraje cuando la acción se vuelve en contra del justiciero; ni tampoco se repara cuando no se hace sentir al ofensor de qué lugar proviene el castigo.

Es necesario tener presente que jamás había dado a Fortunato, ni por medio de palabras ni de acciones, ocasión de sospechar de mi buena predisposición. Y continué sonriéndole siempre, como me lo había propuesto, sin que se percatara de que ahora sonreía al pensar en su inmolación.

Aunque era un hombre que inspiraba respeto, y aun temor, Fortunato tenía un punto débil. Se preciaba de ser un gran conocedor de vinos. Muy pocos italianos tienen un verdadero espíritu virtuoso. La mayor parte administra su entusiasmo según el momento y la oportunidad, para estafar a los millonarios ingleses y austríacos. En materia de pinturas y de joyas, Fortunato era tan charlatán como sus compatriotas. Pero tratándose de vinos antiguos era sincero. A este respecto yo valía tanto como él materialmente: era hábil conocedor de las vendimias italianas, y compraba grandes cantidades siempre que me era posible.

Al atardecer de una jornada de carnaval que había sido una verdadera locura, encontré a mi amigo. Se me acercó con gran efusión, pues había bebido de más. El hombre iba vestido de bufón. Llevaba un traje ajustado a rayas, y en la cabeza el gorro cónico y los cascabeles. Me sentí tan feliz de encontrarlo que creí que nunca terminaría de sacudir su mano.

Le dije:

—Mi querido Fortunato, tengo mucha suerte de encontrarte hoy. ¡Qué bien te veo! Escucha. He recibido un tonel que se supone es de amontillado, pero tengo mis dudas.

—¿Cómo? —me respondió—. ¿Amontillado? ¿Un tonel?

¡Imposible! ¡Y en mitad del carnaval!

—Tengo mis dudas —contesté—. He cometido la estupidez de pagar el precio completo del amontillado antes de consultarte sobre el asunto. No podía encontrarte y tenía miedo de perder un buen negocio.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

—¡Amontillado!

—Y necesito aclararlas.

—¡Amontillado!

—Como estás ocupado, iré a buscar a Luchresi. Si alguien puede sacarme la duda es él. Ya me dirá...

—Luchresi no puede distinguir el amontillado del jerez.

—Y sin embargo muchos opinan que es tan buen catador como tú.

—¡Vamos, vamos!

—¿Adónde?

—A tu sótano.

—No, amigo. No quiero abusar de tu bondad. Veo que estas ocupado. Y Luchresi...

—No tengo compromisos. Vamos...

—No. No es solo que no tengas compromisos, por lo que veo tienes un importante resfrío. Los sótanos son húmedos. Están llenos de salitre.

—Vamos para allá, no importa. El resfrío no es nada.

¡Amontillado! Seguramente te han engañado. Y Luchresi no puede distinguir el jerez del amontillado.

Hablando así, Fortunato se apoderó de mi brazo. Me coloqué una máscara de seda negra, ceñí estrechamente a mi cuerpo un *roquelaure*, y permití que me condujera hacia mi *palazzo*.

No había criados en la casa. Todos habían salido a divertirse en honor a la ocasión. Les había comentado que no regresaría hasta la mañana siguiente, y les di órdenes precisas de no abandonar el *palazzo*. Sabía bien que esas órdenes eran suficientes para provocar la desaparición inmediata de todos y cada uno de ellos tan pronto como les hubiera dado la espalda.

Tomé dos antorchas de sus candelabros y, dando una a Fortunato, lo escolté a través de una serie de habitaciones hasta el pasillo que conducía a las catacumbas. Bajé una larga escalera de caracol, recomendándole tener precaución cuando, a su turno, descendiera. Llegamos al fin a la extremidad inferior del descenso, y nos detuvimos uno junto al otro sobre el suelo húmedo de las catacumbas de los Montresor.

La marcha de mi amigo era vacilante, y los cascabeles de su gorro repiqueteaban a cada paso.

—¿Y el tonel? —preguntó.

—Está más allá —respondí—. Pero mira las blancas telarañas que relucen en los muros de estas cuevas.

Su volvió hacia mí y me miró con unas turbias pupilas de borracho.

—¿Salitre? —preguntó por fin.

—Salitre —asentí—. ¿Cuánto tiempo hace que tienes esta tos?

—¡Ugh! ¡ugh! ¡ugh!... ¡Ugh! ¡ugh! ¡ugh!... ¡Ugh! ¡ugh! ¡ugh!

Mi pobre amigo fue incapaz de responderme durante largos minutos.

—No es nada —dijo al terminar de toser.

—¡Volvámonos! —le reocriminé entonces con decisión—. Regresemos. Tu salud es algo precioso. Eres rico, respetado, admirado, amado. Eres feliz, como lo era yo mismo en otro tiempo. Eres un hombre que no puede faltar. Para mí este asunto no es gran cosa. Regresemos. Vas a enfermarte y no quiero ser el responsable. Además, está Luchresi...

—Basta —me interrumpió Fortunato—. Esta tos no es grave, no me matará. No moriré, por cierto, de un resfriado.

—Es verdad, es verdad —contesté—. No era mi intención alarmarte sin motivo, pero tienes que tomar todas las precauciones necesarias. Un trago de este Médoc nos preservará de la humedad. Diciendo estas palabras rompí el cuello de una botella que tomé de una larga hilera que yacía junto a sus compañeras entre el polvo.

—Bebe —le dije y le acerqué el vino.

Él lo elevó hasta sus labios mirándolo amorosamente. Se detuvo y me hizo un signo familiar con la cabeza mientras tintineaban sus cascabeles.

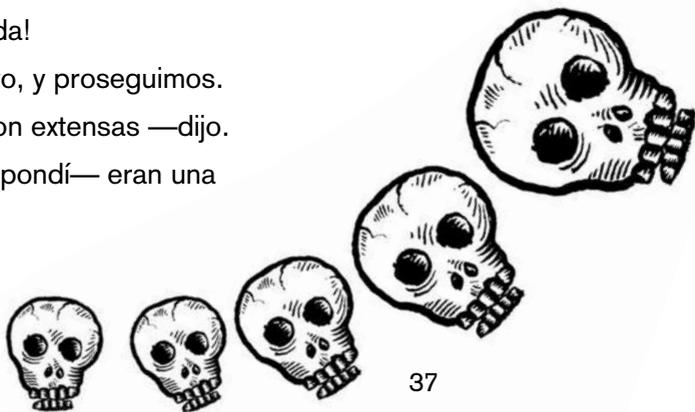
—Brindo —dijo— por los muertos que reposan a nuestro alrededor.

—¡Y yo, por tu larga vida!

Tomó mi brazo de nuevo, y proseguimos.

—Estas catacumbas son extensas —dijo.

—Los Montresor —respondí— eran una antigua y numerosa familia.



—No recuerdo sus armas.

—Un gran pie humano de oro sobre un campo de azur. El pie destroza una serpiente rampante cuyas fauces están incrustadas en el taco.

—¿Y el lema?

—*Nemo me impune lacessit* (nadie me ofende impunemente).

—¡Bien! —exclamó.

El vino chispeaba en sus ojos, y los cascabeles danzaban.

Mi propia fantasía se exaltaba con el Médoc. Caminábamos entre grandes montones de esqueletos mezclados con barriles y toneles en lo más profundo de las catacumbas. Me detuve nuevamente y esta vez me atreví a tomar el brazo de Fortunato arriba del codo.

—¡El salitre! —dije—. Mira, hay más todavía aquí. Cubre las paredes como musgo. Nos encontramos ahora bajo el lecho del río. Las gotas de humedad escurren entre los huesos. Ven, retrocedamos antes de que sea demasiado tarde. Tu tos...

—No pasa nada, te digo —insistió él—. Sigamos. Pero antes, dame otro trago de Médoc.

Rompí una botella de Graves y se la pasé. La vació de una vez. Sus ojos relampaguearon con un brillo feroz. Se rio y arrojó lejos la botella, con un gesto que no pude comprender.

Lo miré sorprendido. Repitió el movimiento, algo grotesco.

—¿No comprendes? —preguntó.

—La verdad es que no —respondí.

—Entonces no perteneces a la hermandad.

—¿Cómo?

—No eres masón.

—Sí, sí —le aseguré—. Sí, sí.

—¿Tú? ¡Imposible! ¿Masón?

—Masón —repliqué.

—Un signo —dijo—. Un signo.

—Aquí está —respondí, sacando una cuchara de albañil de entre los pliegues de mi *roquelaure*.

—¡Te estás burlando! —gritó, retrocediendo algunos pasos. De todas formas, veamos el amontillado.

—Hagámoslo —contesté, colocando de nuevo la herramienta debajo de mi chaqueta y ofreciéndole otra vez el brazo, sobre el cual se apoyó pesadamente. Continuamos la ruta en busca del amontillado. Atravesamos una arquería baja; descendimos, seguimos adelante y, descendiendo de nuevo, llegamos a una profunda cripta donde la pesadez del aire ahogaba nuestras antorchas sin permitir que flamearan.

Al fondo de esta cripta aparecía otra algo menos espaciosa. Sus muros estaban cubiertos de restos humanos alineados hasta la altura de la cabeza, a la manera de las grandes catacumbas de París. Tres lados de la cripta interior estaban aún decorados de esta forma. En el cuarto, los huesos se habían arrojado al suelo y yacían mezclados formando en cierto sitio un montón de regular tamaño. Dentro del muro, al descubierto por la falta de esqueletos, encontramos todavía otra cripta o nicho interior de poco más de un metro de profundidad, poco menos de uno de ancho, por dos o dos y medio de altura. Parecía no haberse construido sin ningún propósito especial. Era

simplemente el espacio intermedio entre dos de los pilares colosales que sostenían el techo de las catacumbas. Tenía, al fondo, un muro divisorio de granito sólido.

Fortunato levantó su mortecina antorcha y trató en vano de escrutar el interior del nicho. Su débil luz no nos permitió adivinar donde terminaba.

—Adelante —dije yo—. Allí está el amontillado. Y en cuanto a Luchresi...

—Luchresi es un ignorante —interrumpió mi amigo, avanzando con pasos vacilantes mientras yo lo seguía, pisándole los talones. Llegó en un momento hasta el fondo del nicho, y al encontrarse detenido por la roca, quedó estúpidamente asombrado. Un instante después, ya lo había encadenado al granito. Había dos anillos de hierro a distancia de dos o tres pies más o menos uno de otro, dispuestos horizontalmente. De uno de ellos pendía una cadena corta y del otro un candado. Arrojando los eslabones sobre su cintura, demoré unos pocos segundos en asegurarlo. Él quedó estupefacto y no atinó a resistirse. Retirando la llave, salí del nicho.

—Pasa la mano sobre el muro —le dije—. Podrás sentir el salitre. En verdad está muy húmedo. Déjame implorarte una vez más que regresemos. ¿No? Entonces, definitivamente, me veré obligado a abandonarte. Pero antes quiero hacerte todas las pequeñas atenciones que estén a mi alcance.

—¡El amontillado! —profirió mi amigo, sin recobrase aún de su sorpresa.

—Es verdad —contesté—. El amontillado.

Diciendo estas palabras, me dirigí a la pila de huesos que ya he mencionado. Arrojándolos a un costado, descubrí piedras de construcción y cemento. Con estos materiales, y con ayuda de mi cuchara, comencé a cerrar la entrada del nicho enérgicamente.

Apenas terminé de colocar la hilera más baja, con la que daba comienzo a mi labor de albañilería, pude notar que la embriaguez de Fortunato había desaparecido casi por completo. La primera indicación que tuve de esta circunstancia fue un sordo y lúgubre lamento que partía del fondo del nicho. No era el lamento de un ebrio. Hubo luego un largo y obstinado silencio. Coloqué la segunda hilera, y la tercera, y la cuarta, y oí entonces furiosas sacudidas a la cadena. El ruido se prolongó por varios minutos, durante los cuales abandoné mi trabajo para escuchar.

Cuando terminó al fin el chirrido, tomé de nuevo la cuchara de albañil y continué sin interrupción la quinta, sexta y séptima hilera. El muro se elevaba entonces casi a nivel de mi pecho. Me detuve otra vez y levantando la antorcha sobre la abertura, arrojé algunos débiles rayos de luz sobre la figura encerrada dentro.

Se hizo ya la medianoche y mi tarea estaba por concluir. Había completado la octava, la novena y la décima hilera. Terminaba casi la última, la undécima. Faltaba colocar una piedra solamente y el cemento para asegurarla. Luchaba con su peso, y la había colocado a medias en la posición deseada, cuando partió del fondo del nicho una risa débil que me puso los pelos de punta. Le sucedió una voz lastimosa que con dificultad pude reconocer como la del noble Fortunato. La voz decía:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ey! ¡Sí! Muy buena broma de verdad, una broma magnífica. Reiremos de buena gana muchas veces cuando recordemos esto en el *palazzo*... ¡Ja, ja, ja! ¡Ey! Nuestro vino ¡Ey! ¡Ja! ¡Ja!

—¡El amontillado! —dije yo.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Sí, el amontillado. Pero, ¿no se está haciendo ya muy tarde? ¿No estarán esperándonos en el *palazzo* la señora de Fortunato y los demás? Vámonos ya.

—Sí —dije yo—. Vámonos ya.

—¡Por el amor de Dios, Montresor!

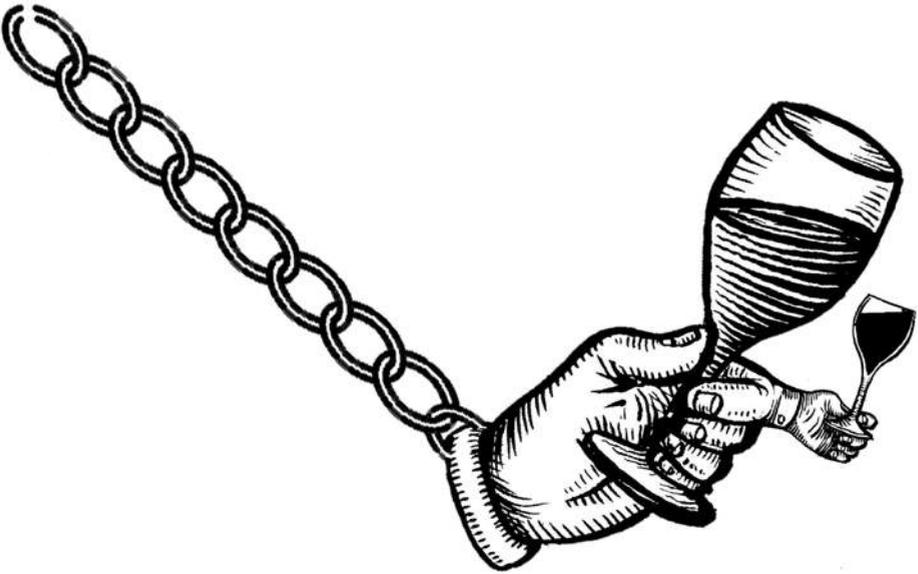
—Sí —repetí—. ¡Por el amor de Dios!

Y esperé en vano la respuesta a estas últimas palabras. Me impacienté. Llamé en alta voz:

—¡Fortunato!

No obtuve respuesta. Llamé de nuevo:

Tampoco hubo respuesta. Introduje una antorcha por la abertura que quedaba y la dejé caer dentro. Solo respondió un tintinear de cascabeles. Mi corazón se oprimió. Sin dudas la humedad de las catacumbas era la causa. Me apresuré a terminar mi labor. Trajiné con la última piedra hasta colocarla en posición y luego la aseguré con cemento. Contra la nueva obra de albañilería elevé la hilera de huesos. Por más de medio siglo ningún mortal los ha removido jamás. *In pace requiescat* (que en paz descanse).





Nunca conocí a alguien tan amante de las bromas como el rey. Parecía vivir exclusivamente para ellas. La forma más segura de ganarse su favor era contarle un chiste, y contárselo bien. Es por eso que sus siete ministros eran excelentes bromistas. También se parecían al rey por ser muy robustos. Nunca pude determinar si la gente engorda al hacer bromas o si es la grasa misma la que la predispone para contar chistes. Lo cierto es que un bromista flaco es una rareza.

Poco preocupaban al rey las sutilezas de las bromas, o, como a él le gustaba llamarlas, las «sombras del ingenio». Le gustaban las humoradas grandiosas y toleraba la duración de los chistes solo si estos resultaban divertidos. Prefería el *Gargantúa* de Rabelais al *Zadig* de Voltaire; y por sobre todas las cosas, prefería las bromas físicas a las verbales.

Los bufones eran todavía una costumbre común en las cortes al momento de esta historia. Muchas potencias continentales tenían bufones vestidos con colores chillones y gorros con varias puntas que terminaban en cascabeles, siempre dispuestos a soltar una frase socarrona a cambio de las migajas que caían de la mesa real.

Nuestro rey tenía su propio bufón. Pues necesitaba algo disparatado, loco, para contrarrestar la aplomada sabiduría de sus siete ministros, sin contar la suya propia.

Su payaso, un bufón profesional, no era únicamente gracioso. Poseía la doble virtud de ser, además de bufón, enano y cojo. Por aquel entonces, los payasos y los enanos eran moneda corriente en las cortes. Las largas jornadas de los monarcas —en las cortes los días suelen ser más largos que en otros lados— se hacían más llevaderos con un bufón con el cual reírse y un enano del cual reírse. Pero, como ya he hecho notar, los bufones son en su gran mayoría gordos, orondos y pesados, así que la triple condición de Hop-Frog (ese era el nombre del bufón) era motivo de gran orgullo para el rey.

Creo que el nombre Hop-Frog (que en inglés significa rana saltadora) no fue el nombre que sus padrinos le dieron en el bautismo. Le fue concedido, por consenso general entre los siete ministros, dada

su imposibilidad de caminar como lo hacen otros hombres. De hecho, Hop-Frog se desplazaba con un paso interrumpido (una combinación de pequeños saltos y un meneo), un movimiento que proporcionaba al rey ilimitada diversión. Para este —a pesar de su propia barriga imponente y su cabeza enorme—, tanto como para su corte, era también un consuelo, lo cual convertía al bufón en una figura vital.

Aunque Hop-Frog, debido a la deformación de sus piernas, sufría horrores al desplazarse por caminos o pisos, la fuerza muscular de sus brazos era prodigiosa, quizás para compensar la deficiencia de sus piernas. Esto le permitía realizar hazañas de una destreza sin igual cuando había árboles, sogas o cualquier elemento para trepar de por medio. Durante esos ejercicios se parecía más a una ardilla o a un mono pequeño que a una rana.

No podría precisar el origen de Hop-Frog. Provenía sin lugar a dudas de una tierra bárbara, una tierra de la que nadie nunca había oído (muy distante de los dominios del rey). Hop-Frog y una joven apenas más alta que él (aunque de exquisitas proporciones y excelente bailarina) habían sido llevados, por la fuerza, desde sus provincias como regalos para el rey por uno de sus generales.

No resulta extraño, entonces, que bajo estas circunstancias se haya forjado una íntima amistad entre los pequeños cautivos. De hecho, pronto se convirtieron en mejores amigos. Hop-Frog, quien a pesar de ser muy servicial no era demasiado popular, no podía ser de gran ayuda para Trippetta. Ella, por el contrario, y gracias a su exquisita belleza y encanto (a pesar de ser enana), era admirada y protegida por todos, lo que le proporcionaba gran influencia. Siempre que podía la utilizaba en beneficio de Hop-Frog.

En algún festejo estatal —no recuerdo cuál— el rey decidió realizar un baile de disfraces. Cuando este o algún evento similar sucedía en nuestra corte, eran requeridos los talentos de Trippetta y Hop-Frog. En especial este último, era increíblemente inventivo para sugerir nuevos personajes a los participantes y confeccionar los disfraces. No había baile de disfraces que no contara con la ayuda de Hop-Frog.

La noche de la fiesta había llegado. Un bellissimo salón había sido especialmente adornado para la ocasión bajo la supervisión de Trippetta, con todo el decorado imaginable para una fiesta de disfraces. La corte desbordaba de expectativa. Se podría suponer que a esa altura de las circunstancias los invitados ya habían decidido sus disfraces y los personajes que iban a representar. Muchos de ellos lo habían hecho con semanas, incluso meses, de anticipación. De hecho, no quedaban indecisos, salvo el rey y sus siete ministros. No entiendo a qué se debía su vacilación, a menos que haya sido parte de una broma. Lo más probable es que les haya resultado difícil, por ser tan gordos, tomar una decisión. Como el tiempo apremiaba, mandaron a llamar a Hop-Frog y a Trippetta.

Cuando los pequeños amigos acudieron al llamado del rey, lo encontraron sentado junto a sus siete ministros bebiendo vino y de muy mal humor. El rey sabía que a Hop-Frog no le gustaba el vino. Le producía una excitación cercana a la locura, y la locura no le resultaba cómoda al bufón. Pero al rey le gustaban las bromas pesadas, y se divirtió obligando al pequeño a beber y, al decir de rey, a «ponerse alegre».

—Ven aquí, Hop-Frog —dijo el rey cuando el bufón y su amiga ingresaban a la habitación—. Bebe de esta copa a la salud de tus ami-

gos ausentes —Hop-Frog suspiró—, y concédenos luego tus ideas. Necesitamos personajes, personajes nuevos. Ven, ¡bebe!, el vino alimentará tu creatividad.

Hop-Frog se levantó con dificultad, como siempre, para responder con una broma a las insinuaciones del rey, pero el esfuerzo era demasiado. Ese día era el cumpleaños del enano, y la orden de «beber a la salud de sus amigos ausentes» forzó las lágrimas en sus ojos. Grandes y amargas lágrimas colmaron la copa que la mano del tirano le ofrecía.

—¡Jajajaja! —rio este último mientras el enano vaciaba la copa de mala gana—. Miren lo que un vaso de buen vino puede hacer, tus ojos ya están brillando.

¡Pobre Hop-Frog! Sus enormes ojos fulguraban, más que brillar. El efecto del vino en su cerebro era tan poderoso como instantáneo. Depositó nerviosamente la copa en la mesa. Miró a su alrededor con una mirada casi demencial. Todos celebraron la «broma» del rey.

—Ahora a lo nuestro —dijo el primer ministro, un hombre de grandísimo porte.

—Sí —dijo el rey—. Ayúdenos. Personajes, mi buen amigo, todos nosotros necesitamos personajes para representar en la fiesta.

Y como si se hubiese tratado de una humorada, la risa del rey fue replicada por los siete ministros.

Hop-Frog también rio, aunque débilmente, sin ganas de hacerlo.

—Vamos —dijo el rey—. ¿Es que no tienes ninguna sugerencia?

—Me cuesta pensar en algo nuevo —contestó el enano, visiblemente afectado por el vino.

—¿Te cuesta?, ¿qué quieres decir con eso? Ah, ya veo, no has bebido lo suficiente y quieres más. ¡Toma, bebe esto!

El rey sirvió otra copa llena y la ofreció al cojo, quien la observó tratando de recuperar el aliento.

—¡Bebe! —gritó el monstruo—. O por todos los demonios... El enano dudó. El rey se puso violeta de bronca. Los cortesanos sonrieron con incomodidad. Trippetta, pálida como la muerte misma, se acercó al trono del rey y, arrojándose a sus pies, imploró por su amigo.

El tirano la miró por unos momentos con evidente asombro por su audacia. Parecía no saber qué hacer o qué decir, ni cómo expresar su indignación. Al final, sin emitir palabra, la empujó violentamente, arrojándole el vino en el rostro.

La pobre muchacha se levantó como pudo y, sin atreverse siquiera a suspirar, volvió a su lugar al pie de la mesa.

Un silencio sepulcral se apoderó de la escena durante un minuto, durante el cual se habría escuchado el ruido de una hoja o una pluma al caer al suelo. Fue interrumpido por un sonido grave, áspero, que parecía venir de cada rincón de la habitación.



—¿Por qué...? ¿Por qué haces ese ruido? —preguntó el rey volviéndose furiosamente hacia el enano.

Este parecía haberse recuperado en gran medida de su intoxicación, y mirando fija pero tranquilamente el rostro del tirano, dijo:

—¿Yo? ¿Cómo podría yo hacer ese ruido?

—El sonido parece venir de afuera —observó uno de los cortesanos—. Creo que puede haber sido el loro, raspando su pico contra los barrotes de la jaula.

—Cierto —replicó el monarca aliviado por la sugerencia—, pero, por el honor de un caballero, hubiese jurado que era el rechinar de los dientes de este vagabundo.

Al oírlo, el enano rio mostrando unos dientes repulsivos (el rey era un bromista demasiado consumado como para objetar la risa de alguien). Y más aún, aceptó beber todo el vino que le fuera ofrecido. El monarca se tranquilizó, y habiendo vaciado otra copa sin efecto aparente, Hop-Frog describió los planes que tenía para el baile de disfraces.

—No puedo decir exactamente de dónde salió la idea —dijo Hop-Frog muy tranquilo.

Y, como como si no hubiese probado un sorbo de vino en su vida, continuó:

—Pero luego de que su majestad tomó a Trippetta del pescuezo y le arrojó el vino en la cara, y mientras el loro emitía ese extraño sonido desde la ventana, se me ocurrió algo increíblemente divertido, un juego muy común en mis tierras, que suele representarse en nuestros bailes de disfraces, pero que aquí será totalmente nuevo. Lamentablemente, se necesitan ocho personas y...

—¡Aquí estamos! —gritó el rey señalándose a sí mismo.

—La belleza del juego —continuó Hop-Frog— reside en el pavor que provoca entre las mujeres.

—¡Perfecto! —gritaron a coro el rey y sus ministros.

—Los disfrazaré de orangutanes, dejen todo en mis manos —dijo Hop-Frog—. El parecido será tan sorprendente que los asistentes al baile los confundirán con simios reales, lo que causará asombro y pánico entre los presentes.

—¡Esto es perfecto Hop-Frog! —exclamó el rey—. Haré de ti un verdadero hombre.

—Las cadenas —dijo Hop-Frog— crearán confusión con sus ruidos. Se supondrá que han escapado en masa de sus guardianes. Su majestad no va a creer el efecto que producirán ocho orangutanes presumiblemente reales entre la concurrencia. Al entrar aullando como monos salvajes, el contraste con los invitados pomposamente disfrazados será resonante.

—Seguramente —dijo el rey. Y el consejo se levantó presuroso (ya se estaba haciendo tarde) para ejecutar el plan de Hop-Frog.

La forma en que disfrazó Hop-Frog al grupo de notables era muy simple, pero lo suficientemente efectiva para la ocasión. Al momento de mi historia no era común ver este tipo de animal en el mundo civilizado y dado que las imitaciones realizadas por el enano eran lo suficientemente realistas y espantosas, el efecto se encontraba prácticamente asegurado.

El rey y sus ministros fueron primero enfundados en camisas y mallas ajustadas. Después fueron sumergidos en brea. Algunos su-

girieron usar plumas, pero el enano rechazó la sugerencia de plano y rápidamente convenció a los ocho, a través de una demostración práctica, de que el pelo de orangután podía imitarse mucho mejor con lino. Fue así que se usó una gruesa capa de este material por encima de la brea. Consiguieron una larga cadena, con la que primero ataron al rey por la cintura, pasándola luego por el resto de los ministros de la misma manera. Cuando el encadenado estuvo terminado y el grupo se paró, lo más alejados el uno del otro que la cadena permitía, formaron un círculo y, para que todo pareciera más natural, Hop-Frog imitó la manera de atar los simios que usan los cazadores de chimpancés en Borneo.

El gran salón donde se iba a realizar el baile de disfraces era circular y muy alto. La única luz que penetraba lo hacía a través de una claraboya en el techo. De noche (momento para el cual la habitación estaba especialmente diseñada) se iluminaba por un enorme candelabro que colgaba de una cadena aferrada al centro de la claraboya. El candelabro descendía o se subía a través de un sistema de poleas que se ocultaba del lado de afuera de la cúpula, sobre el techo.

Trippetta se había encargado de la decoración del lugar, y en algunos puntos particulares había obtenido ayuda del templado juicio de su amigo. Fue por su sugerencia que se retiró el candelabro, ya que las velas podrían derretirse y las gotas de cera caer sobre los invitados a causa del extremo calor que haría en el salón. Eso hubiera arruinado los disfraces ya que, dada la vasta concurrencia, los invitados no hubieran podido evitar ponerse debajo del candelabro. En su reemplazo se habían colocado varios candelabros de pared para iluminar el salón, y una antorcha que emitía un dulce aroma había sido depositada en la

mano derecha de cada una de las cincuenta o sesenta cariátides que decoraban el salón.

Los ocho orangutanes, siguiendo el consejo de Hop-Frog, esperaron pacientemente hasta la medianoche (cuando el salón se encontraba rebosante de invitados) para hacer su aparición. No había terminado de sonar la doceava campanada cuando ingresó el bestial grupo, moviéndose torpemente, tropezando unos con otros, debido a la dificultad de movimiento a la que los obligaban las cadenas.

Los asistentes a la fiesta se vieron más que sorprendidos, lo que llenó de júbilo el corazón del rey: como lo habían anticipado, no fueron pocos los asistentes que creyeron que eran, si no orangutanes, algún otro tipo bestias verdaderas. Varias mujeres se desmayaron del terror y si el rey no hubiese tomado la precaución prohibir las armas en el salón, él y sus ministros hubieran sido víctimas de mortales ataques. De todos modos, la turba se dirigió hacia las puertas en un frenesí, pero el rey había ordenado cerrarlas inmediatamente después de su entrada. Por sugerencia del enano, las llaves habían quedado al cuidado de Hop-Frog.

En el punto más álgido del tumulto, cuando cada uno de los asistentes al baile de disfraces se ocupaba únicamente de su propia seguridad (de hecho, había peligro real en la estampida de la multitud), la cadena de la que solía colgar el candelabro, que había sido retirada, empezó a descender hasta ubicarse a apenas un metro del suelo.

Poco después de esto, el rey y sus siete amigos, habiendo tambaleado por todo el salón, se encontraron en el centro de este. Una vez que estuvieron situados allí, el enano, que los había seguido sigi-

losamente y alentado a continuar con la broma, tomó la cadena que los mantenía unidos y velozmente la sujetó del gancho de la cadena de donde se colgaba el candelabro. En un instante, y a través de una acción que pasó del todo desapercibida, la cadena del candelabro ascendió hasta quedar fuera del alcance de los orangutanes, dejándolos atrapados, enredados unos con otros en un fuerte nudo.

A esa altura los asistentes comenzaban a recuperarse del susto, y empezaban a considerar todo el asunto como una humorada bien producida. Así fue que largaron una carcajada al escuchar las quejas de los simios.

—¡Déjenmelos a mí! —dijo Hop-Frog, con un grito agudo fácilmente audible entre el estruendo del salón—. Déjenmelos a mí, los conozco bien, si logro mirarlos de cerca sabré de quiénes se trata.

Trepando sobre las cabezas de la multitud, Hop-Frog llegó hasta la pared, de donde tomó una antorcha, y volvió saltando al centro de la habitación con la habilidad de un mono, hasta la cabeza del rey. Una vez allí, trepó por la cadena unos pocos metros, arrastrando al grupo. Ellos aullaban, mientras flotaban entre la claraboya y el suelo, luchando por librarse de la cadena que los retenía. Hop-Frog continuó gritando y acercó la antorcha a los desesperados orangutanes:

—¡Ya descubriré de quiénes se trata!

En ese momento, con la concurrencia toda, incluidos los simios, riendo a mandíbula batiente, el enano lanzó un silbido agudo: la cadena violentamente ascendió unos diez metros, llevando consigo a los orangutanes que se debatían colgados entre la claraboya y el suelo. Hop-Frog volvía una y otra vez a acercar la antorcha a sus caras, simulando pretender conocer de quiénes se trataba.

La multitud quedó muda de asombro ante el ascenso repentino de los orangutanes. El silencio duró alrededor de un minuto hasta que fue roto por un sonido áspero, estridente, parecido al que el rey y sus ministros habían escuchado cuando le arrojaron vino en la cara a Trippetta. Esta vez no cabía duda acerca de la procedencia del sonido: venía de los dientes acolmillados del enano, que los hacía rechinar mientras lanzaba espuma por la boca con una expresión de ira enloquecida y observaba los rostros del rey y sus siete ministros.

—¡Ajá! —dijo finalmente el furioso bufón—. ¡Creo que empiezo a saber quiénes son estas personas!

Pretendiendo escudriñar el rostro del rey más de cerca, aproximó la antorcha a la ropa de lino, la cual instantáneamente ardió en vívidas llamas. En menos de treinta segundos, los ocho orangutanes centellaban intensamente entre los gritos de la multitud que los miraba desde abajo llena de horror, pero sin poder hacer nada para ayudarlos.

Finalmente, el bufón se vio obligado a trepar la cadena hasta lo más alto para escapar de las llamas que crecían en virulencia; la multitud mientras tanto se volvía a hundir en un breve silencio, lo que dio la oportunidad a Hop-Frog de pronunciar las siguientes palabras:

—Ahora puedo ver de quiénes se trata, quiénes se esconden debajo de estos disfraces. No son ni más ni menos que un rey con sus siete ministros, un rey que no tiene escrúpulos en golpear a una joven y siete ministros que avalan esa miserable conducta. Yo soy simplemente Hop-Frog, el bufón de la corte, y esta ha sido mi última bufonada.

Debido a la alta inflamabilidad del lino y la brea a la que se encontraba adherido, el enano apenas pudo terminar su discurso cuando la venganza estuvo completa. El lisiado lanzó su antorcha y tranquilamente trepó por la cadena hasta desaparecer por la claraboya.

Se supone que Trippetta, ubicada en el techo del salón, fue cómplice de su amigo en la feroz venganza. Y que, juntos, habrían escapado de vuelta a su país, pues nunca más fueron vistos.





Los crímenes de la calle Morgue

*La canción que cantaban las sirenas, o el nombre
que se puso Aquiles mientras estuvo escondido entre
las mujeres, son cuestiones enigmáticas,
pero no están más allá de toda conjetura.*

Sir Thomas Browne

Conocí a *monsieur* C. Auguste Dupin durante la primavera y parte del verano de 18..., mientras vivía en París. Este joven caballero pertenecía a una selecta e ilustre familia. Por una serie de eventos desafortunados se había visto reducido a una pobreza tal que la energía propia de su carácter se había disuelto, abandonando incluso el intento de recuperar su fortuna y de mezclarse con el mundo. Por cortesía de sus acreedores, contaba todavía con un pequeño remanente de su patrimonio.

Esa herencia le permitía, a través de una rigurosa economía, procurarse lo necesario para la vida sin necesidad de trabajar para su sustento. Los libros, de hecho, eran su único lujo. Y eran fáciles de conseguir en París.

Nuestro primer encuentro tuvo lugar en una oscura librería de la calle Montmartre, donde por casualidad compartimos la búsqueda del mismo y raro volumen, lo cual nos hizo entablar una relación más profunda. Empezamos a frecuentarnos. Yo me sentía particularmente atraído por su historia familiar, que me fue confiada abiertamente con todo el detalle del que un francés puede ser capaz cuando habla de sí mismo. También me impresionaba la amplitud de sus lecturas; pero, sobre todo, me fascinaba la intensidad y la frescura de su imaginación.

Pensé entonces que la compañía de un hombre de esas características podía ser un valioso tesoro, sobre todo teniendo en cuenta los intereses que me movían entonces. Le confié estos pensamientos con la mayor franqueza y decidimos vivir juntos durante mi estadía parisina.

Dado que mi situación económica era infinitamente mejor que la de él, me hice cargo de pagar el alquiler y el amueblamiento de la casa, que debió ser adecuada a nuestro oscuro temperamento. Nos decidimos por una mansión desgastada por el tiempo, abandonada durante años a causa de supersticiones sobre las que decidimos no indagar. Fue así que nos entregamos a esta retirada y desolada porción del barrio de Saint Germain.

De conocerse la rutina que llevábamos en ese lugar, se nos hubiera catalogado de locos, aunque, tal vez, locos de naturaleza inofensiva. Nuestra reclusión era hermética, no recibíamos visitas de ningún

tipo. De hecho, nuestra ubicación había sido mantenida en el más absoluto de los secretos para con las personas con las que por ese entonces me relacionaba. Dupin, por su parte, hacía años que había dejado de ser una persona conocida en París. Estábamos solos los dos, sin nadie más.

Mi amigo (porque, ¿cómo llamarlo si no?) poseía una extraña fascinación por la noche. Se podría decir que estaba enamorado de ella. Esta «particularidad», así como otras, solo hacían que mi admiración por él se acrecentara, entregándome por completo a sus deseos y pensamientos. La oscura divinidad no siempre se quedaba con nosotros; pero nos ingeniábamos para falsear su presencia. Al despuntar el alba, cerrábamos las desgastadas persianas de nuestra antigua mansión, encendíamos velas perfumadas que apenas alumbraban la habitación con su tímida luz. Con esta ayuda, entregábamos nuestras almas a los sueños —leer, conversar, escribir— hasta que el reloj nos alertaba de la presencia de la verdadera oscuridad. Salíamos entonces tomados del brazo a continuar las conversaciones diurnas o caminábamos sin destino hasta altas horas de la noche buscando, entre las fastuosas luces y las profundas sombras de la gran ciudad, ese mar de efervescencia intelectual que solo puede provocar la observación minuciosa.

A pesar de estar preparado para esperar algo semejante, ya que lo tenía idealizado, no pude evitar subrayar y admirar la peculiar habilidad analítica de Dupin. Él parecía disfrutar el hecho de ejercitarla —exhibirla, para ser más precisos—, y no dudaba en demostrar el placer que le proporcionaba. Me confió, con una risa entre dientes, que la mayoría de los hombres eran transparentes para a él. Prosiguió dando

pruebas de su esencial comprensión de mi persona. Sus modales en esos momentos eran fríos y distantes, sus ojos estaban vacíos de expresión, y su voz, generalmente aguda, se afinaba aún más en un tono que podría haber sonado petulante si no fuese por lo consciente y distintivo de su explicación. Verlo en ese estado de ánimo me hacía repensar mis ideas acerca del concepto filosófico de la personalidad doble; y me divertía pensando en que había dos Dupines: el creador, por un lado; el analista, por otro.

No debe desprenderse de lo anterior que vaya a revelar las circunstancias de algún misterio, o que vaya a escribir una novela. Los detalles que compartí acerca de mi amigo francés son solo el resultado de una mente excitada, quizás enferma. Es probable que una anécdota pueda revelar mejor la cualidad de sus razonamientos en esas ocasiones.

Caminábamos una noche por una larga y mugrosa calle cercana al Palacio Real. En apariencia, ambos estábamos sumergidos en nuestras ideas, sin haber proferido palabra en los últimos quince minutos. Dupin rompió el silencio:

—Es cierto, es un hombre pequeño, y estaría mejor en un teatro de revistas.

—No hay duda sobre eso —contesté casi automáticamente. Y no fue hasta unos segundos después (así de absorto estaba en mis pensamientos) que me percaté de la extraordinaria manera en que mi interlocutor había penetrado en mis pensamientos. Tardé un instante en darme cuenta lo que acababa de suceder y mi asombro fue notable.

—Dupin —dijo con gravedad—. Me resulta incomprensible. No puedo dejar de manifestarle mi asombro ni puedo dar crédito a mis oídos. ¿Cómo es posible que haya sabido que pensaba en...?

Hice una pausa para asegurarme de que realmente sabía lo que pensaba.

—... Chantilly —dijo— ¿Por qué se detiene? Usted pensaba que alguien tan menudo no puede representar una tragedia.

Chantilly era un zapatero remendón de la calle Saint Denis que se había vuelto aficionado del teatro y había intentado representar a Jerjes en la tragedia de Crébillon. Los críticos de los periódicos habían destrozado su actuación.

—Fue el frutero —contestó mi amigo— quien llevó a usted a la conclusión de que el remendón no era lo suficientemente alto para representar a Jerjes.

—¡El frutero! No lo puedo entender, no conozco a ningún frutero.

—El hombre con el que se topó cuando ingresábamos en esta calle, hará unos quince minutos.

Recordé entonces que, de hecho, un frutero que iba cargando una enorme canasta con manzanas en su cabeza estuvo a punto de derribarme por accidente mientras pasábamos por la calle C..., en el pasaje en el que nos encontrábamos. Sin embargo, la relación entre este hecho y mis pensamientos sobre Chantilly se me escapaba por completo.

Pero Dupin no tenía un gramo de charlatán.

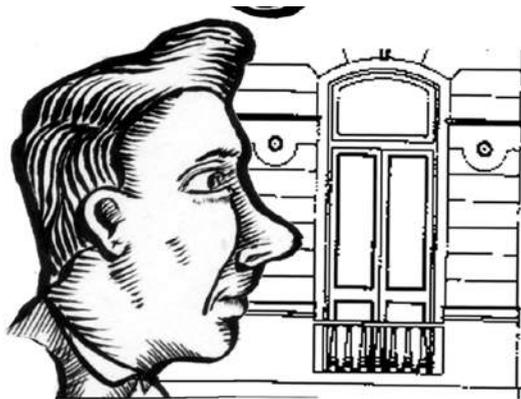
—Procederé a explicarle —me dijo—. Y para que usted pueda comprender la lógica claramente, comenzaremos rastreando el curso

de sus pensamientos desde el momento en que le hablé hasta nuestro encuentro con el frutero en cuestión. Los mojones de la cadena de pensamiento son los siguientes: Chantilly, Orión, el doctor Nichols, Epicuro, estereotomía, los adoquines de la calle, el frutero.

»Son pocas las personas que, en algún momento de sus vidas, no se han entretenido revisando los procesos lógicos que los llevaron a determinados razonamientos. Esta tarea suele ser de sumo interés y aquel que lo intente por vez primera quedará asombrado ante la aparentemente ilimitada distancia e incoherencia entre el punto de partida y las conclusiones a las que arribó. Imaginen entonces mi sorpresa cuando escuché al francés decir las palabras que acababa de proferir. Y fue mayor aún cuando no pude evitar reconocer que lo que había dicho era todo cierto.

»Si recuerdo correctamente, veníamos hablando de caballos al ingresar en la calle C. Había sido este el último tópico tratado cuando nos cruzamos, justo en esta calle, un frutero con una enorme canasta de manzanas sobre su cabeza que, casi rozándonos, nos empujó contra unos adoquines amontonados en un lugar de la calle que se encuentra en reparación. Usted pisó una de las piedras, resbalándose y distendiendo levemente su tobillo. Pareció entonces frustrado o enojado, murmuró algunas palabras, giró para observar los adoquines y siguió caminando en silencio. Yo no prestaba particular atención a sus acciones, pero últimamente la observación se ha convertido, para mí, en una especie de necesidad.

»Mantuvo usted sus ojos en los adoquines —siguió Dupin—, mirando con expresión petulante los pozos en el pavimento (así es que



supe que todavía pensaba en las piedras), hasta que llegamos a un pequeño callejón denominado Lamartine, que se encuentra pavimentado, a modo de ensayo, con adoquines superpuestos. Su semblante tomó una expresión de brillantez y, habiendo percibido un movimiento de sus labios, no dudé en deducir que había pronunciado, para sus adentros, la palabra «estereotomía», un término generalmente aplicado a esta especie de pavimento. Pensé entonces que la «estereotomía» no podría haber ingresado a su tren de pensamientos sin de inmediato haberla usted relacionado con los átomos, y, por carácter transitivo, con las teorías de Epicuro. No hace mucho tiempo habíamos discutido ese tema, y recuerdo haberle mencionado de qué manera singular, aunque desapercibidamente, las vagas elucubraciones de este noble griego se vieron confirmadas con los últimos avances en cosmogonía estelar. Fue entonces que deduje que no podría usted evitar elevar su mirada al cielo y observar la constelación de Orión, al menos eso

esperaba. En efecto, elevó usted sus ojos al cielo y fue esa la confirmación necesaria de que el rastreo de sus razonamientos era correcto. Por otra parte, en esa ácida crítica sobre la obra de Chantilly publicada en la edición de ayer del periódico *Musée*, el crítico, haciendo una torpe alusión al cambio de nombre del remendón y asumiendo que este improvisaba, citó una frase latina que solemos comentar. La frase es la siguiente: «Perdidit antiquum litera sonum». Que se traduce: «La versión original perdió su significado».

»En su momento le expliqué a usted que hacía referencia a Orión —continuó diciendo Dupin—, que en la antigüedad se escribía «Urión», y, dadas ciertas pruebas relacionadas con esta explicación, sabía que no podía haberla olvidado. Era claro, por consiguiente, que no podía usted dejar de conectar las ideas de Orión y de Chantilly. La sonrisa que apareció en sus labios fue la ratificación de que había dado con la mencionada relación. Pensó usted en el escarmiento que sufrió por el pobre zapatero. Desde entonces, ha estado asintiendo, cabeza gacha, al caminar; pero entonces levantó la mirada a su altura habitual. Se me hizo claro que estaba pensando en la altura del menu-do Chantilly. Fue en ese momento en que interrumpí sus pensamientos para destacar que, de hecho, el mentado Chantilly es demasiado bajo, y que su actuación sería mejor recibida en un teatro de revistas.

No mucho tiempo después, leíamos la edición vespertina del diario *Gazette des Tribunaux*, cuando los siguientes párrafos llamaron nuestra atención:

«CRÍMENES EXTRAORDINARIOS. Esta mañana, alrededor de las tres, los habitantes del barrio Saint Roch despertaron a causa de

unos terribles alaridos provenientes del cuarto piso de una casa ubicada en la calle Morgue, únicamente habitada por *madame* L'Espanye y su hija, *mademoiselle* L'Espanye. Luego de la demora ocasionada por el frustrado intento de ingresar al domicilio por los medios normales, la puerta fue derribada con una barreta y entre ocho y diez vecinos accedieron al departamento acompañados por dos gendarmes. Para ese entonces los gritos habían cesado, pero, mientras el grupo ascendía por las escaleras hacia el piso superior, se escucharon dos voces que discutían violentamente. Al llegar, estos sonidos también cesaron y la casa quedó en silencio. El grupo se dividió para revisar la vivienda habitación por habitación. Al arribar a una gran recámara de servicio ubicada en el cuarto piso (la puerta, cerrada con llave desde adentro, debió ser forzada para el ingreso), se reveló un espectáculo tan horroroso como increíble.

»En el departamento reinaba un salvaje desorden, los muebles estaban rotos y habían sido arrojados en todas las direcciones. Había un pie de cama, separado de la misma, tirado en el medio de la habitación. En una silla hallaron una navaja manchada de sangre. En la estufa a leña fueron halladas dos o tres trenzas de pelo canoso humano. En el piso, cuatro monedas de diez centavos, un aro de topacio, tres cucharas grandes de plata, tres pequeñas de metal de Argelia y dos bolsas con cerca de cuatro mil francos en oro. Los cajones de un escritorio ubicado en un rincón se encontraron abiertos, aparentemente hurgados a pesar de todavía contener ciertos artículos. Se encontró una pequeña caja fuerte bajo la cama. Estaba abierta y no contenía más que algunas cartas viejas y otros papeles sin importancia.

»No se encontraron rastros de *madame L'Espanye*, pero al notar una inusual cantidad de cenizas en la estufa a leña, se revisó la chimenea y allí, cabeza abajo, apareció el cuerpo de la hija, que fue retirado. Oscuros moretones en la garganta daban señales de estrangulamiento.

»Tras una rigurosa pesquisa en todas las estancias de la casa sin nuevos descubrimientos, el grupo de vecinos y gendarmes encontró un pequeño patio seco en la parte trasera del edificio donde yacía el cuerpo completamente mutilado de la anciana».

Al día siguiente los diarios brindaron más detalles:

«La tragedia en la calle Morgue. En relación a los terribles y atemorizantes sucesos ocurridos, se ha pedido testimonio a diversos individuos que no han podido echar luz sobre el asunto. A continuación, les brindamos la totalidad de los testimonios obtenidos.

»Pauline Dubourg, lavandera, atestigua haber conocido a ambas víctimas por más de tres años, habiéndolas ayudado a lavar durante ese período. Tanto la anciana como la hija parecían llevarse bien, eran afectuosas entre sí. Excelentes pagadoras. No podría la declarante determinar sus ingresos o modos de sustento. Cree que *madame L.* se ganaba la vida como tarotista. Poseía ahorros. Jamás encontró persona alguna en la casa las veces que buscaba o llevaba la ropa. Está segura de que no poseían personal a su servicio. Excepto el cuarto, ninguno de los pisos del edificio estaba amueblado.

»Pierre Moreau, dueño de tabaquería, declara haberle vendido tabaco y rapé en pequeñas cantidades a *madame L'Espanye* durante cuatro años. Nacido en el vecindario, siempre había residido allí. Las víctimas habían ocupado la casa en la que fueron halladas por más de

seis años. Antes había sido formalmente ocupada por un joyero que subalquilaba las habitaciones de abajo. *Madame L'Espanye* era la propietaria de la vivienda e, insatisfecha con su inquilino, decidió mudarse allí y no alquilar las habitaciones. La anciana era testaruda. Testigos aseguran haber visto a la hija no más de cinco o seis veces en seis años. Ambas vivían una vida extremadamente retirada, se decía que tenían dinero. El declarante no lo creía, pero era un rumor en el barrio que la anciana adivinaba la suerte. Nunca vio entrar a nadie más que a la anciana y su hija, con excepción de un portero una o dos veces, y algún doctor, entre ocho y diez.

»Varias personas presentaron declaraciones similares. No hubo testimonios acerca de visitantes habituales a la casa. No se conocían relaciones actuales de *madame L'Espanye* o su hija. Las persianas rara vez se encontraban abiertas. Las de la parte trasera estaban siempre cerradas, a excepción de las del cuarto de servicio en el cuarto piso. La casa era buena, no demasiado vieja.

»Isidore Musset, gendarme, declara haber sido llamado a la casa alrededor de las tres de la mañana y haber encontrado entre veinte y treinta personas en el ingreso, luchando por entrar. Forzó la puerta con su bayoneta —no una barreta—. No le fue difícil, ya que la puerta era doble y no estaba atornillada en ninguno de sus extremos. Los gritos eran continuos hasta que se forzó la puerta. Entonces desaparecieron de repente. Parecían ser los gemidos de una persona, o personas, agonizando (eran fuertes y prolongados, no cortos y rápidos). Los testigos lo guiaron hacia el piso superior. Al llegar allí, escuchó dos voces en rabiosa disputa: una grave y otra aguda y estridente, una voz muy

extraña. Pudo diferenciar algunas palabras de la primera, en francés. Estaba seguro de que no era una voz de mujer. Pudo discernir las palabras “sacré” (sagrado) y “Diable” (Diablo). La voz aguda era de un extranjero. No estaba seguro de si pertenecía a un hombre o a una mujer. No había comprendido las palabras, pero creía que habían sido proferidas en español. El estado de las víctimas era el descrito en el informe brindado ayer en este periódico.

»Henri Duval, vecino, de profesión platero, declara haber sido parte del grupo de personas que ingresó en la casa. En líneas generales, confirma el testimonio de Musset. Tan pronto como forzaron la entrada volvieron a cerrar la puerta para mantener alejada a la multitud, que crecía con rapidez sin importar lo avanzado de la noche. La voz aguda, cree, era de un italiano. No está seguro de si esta persona era de origen francés. Tampoco puede asegurar que fuera la voz de un hombre. Bien podría haber pertenecido a una mujer. No habla italiano. No pudo comprender palabra alguna, pero la entonación le hizo pensar que podía ser italiano. Conocía a *madame* L'Espanye y a su hija. Solía conversar con ambas. Afirma que la voz estridente y aguda no era de ninguna de las dos víctimas.

»Odenheimer, restaurador. Ofreció su testimonio de manera voluntaria. Dado que no habla francés, fue entrevistado a través de un intérprete. Es nativo de Ámsterdam. Pasaba por la casa en el momento de los gritos. Duraron varios minutos, probablemente diez. Eran largos y fuertes, horribles y angustiosos. Fue uno de los que ingresó al domicilio. Todas las evidencias anteriores fueron corroboradas excepto una: estaba seguro de que la voz aguda era la de un hombre francés.



No pudo distinguir las palabras exactas. Eran palabras proferidas de modo rápido e interrumpido, oscilaban entre el miedo y la furia. La voz era violenta, no tanto aguda como áspera. La voz grave repetía las palabras “sacré” (sagrado), “Diable” (Diablo) y una vez escuchó decir “mon Dieu” (Dios mío).

»Jules Mignaud, banquero, de la firma Mignaud e hijos, en la calle Deloraine. Es mayor que Duval. *Madame L'Espanye* tenía algunas propiedades. Había abierto una cuenta en su banco en la primavera de 18... (ocho años antes del hecho). Solía hacer depósitos de pequeñas sumas. No había hecho retiros hasta tres días antes de su muerte, cuando realizó la extracción de cuatro mil francos. Esta suma fue entregada en oro en su domicilio.

»Adolphe Le Bon, empleado en Mignaud e hijos, declara que ese día acompañó a *madame L'Espanye* hasta su residencia con cuatro mil francos en dos bolsas. Apenas abierta la puerta, la hija tomó una de las bolsas y la anciana la otra. Las saludó y partió. No vio a persona alguna en la calle durante su trayecto. Es una calle lateral, no muy transitada.

»William Bird, sastre, declara haber sido uno de los que ingresó al domicilio. Es inglés. Vive en París desde hace dos años. Fue uno de los primeros en subir las escaleras. Escuchó voces en litigio. La voz grave era de un francés. Pudo identificar varias palabras, pero no puede recordarlas al momento de la declaración. Pudo claramente escuchar “sacré” (sagrado) y “mon Dieu” (Dios mío). En su momento, escuchó un ruido como de varias personas peleando, semejante a un chirrido. La voz estridente y aguda era mucho más fuerte que la grave. Está seguro de que no era la voz de un hombre inglés. Parecía ser la

voz de un alemán. Puede, también, haber sido la voz de una mujer. No comprende el alemán.

»Cuatro de los antes mencionados testigos, siendo consultados, declararon que al llegar a la puerta de la cámara donde fue hallado el cuerpo de *madmoiselle* L., esta se encontraba cerrada por dentro. El silencio era absoluto, sin gemidos o ruidos de ningún tipo. No había nadie al abrir la puerta. Las ventanas, tanto delanteras como traseras, estaban perfectamente cerradas desde adentro. La puerta que conectaba ambas habitaciones se encontraba cerrada, aunque sin llave. La puerta que conecta la habitación con el pasillo estaba cerrada y la llave en el lado de adentro. En el comienzo del pasillo, una pequeña habitación ubicada en la parte delantera del cuarto piso se encontraba abierta, la puerta a medio cerrar. Esta habitación estaba repleta de camas viejas, cajas y demás elementos en desuso. Todos fueron cuidadosamente registrados. No se dejó un centímetro de la casa sin revisar. Se pasaron escobas por la chimenea. Se trata de una casa de cuatro pisos con mansardas. La puerta trampa del techo estaba cerrada con clavos, parecía llevar años sin uso. El tiempo transcurrido entre que los testigos escucharon las voces e ingresaron a la habitación varía según el testigo, algunos declaran tres minutos, otros cinco. La apertura de la puerta fue trabajosa.

»Alfonzo Garcio, sepulturero, declara que vive en la calle Morgue. Es nativo español. Fue una de las personas que ingresó en la casa. No subió. Sufre de los nervios y teme las consecuencias de la agitación. Escuchó voces que discutían. La voz grave era la de un hombre francés. No pudo distinguir lo que se dijo. La voz aguda era la de un

hombre inglés, de eso está seguro. No habla inglés, pero puede inferir el idioma por la entonación.

»Alberto Montani, confitero, declara haber estado entre los primeros en haber subido la escalera. Escuchó las voces. Pudo distinguir varias palabras. La persona que las profería parecía estar amenazando a alguien. No pudo comprender palabra alguna de la voz aguda. Las palabras eran proferidas rápida y desparejamente. Cree que la voz pertenecía a un hombre ruso. Corrobora los testimonios de los demás. Es italiano. Nunca habló con un nativo de Rusia.

»Varios testigos coinciden en que las chimeneas de todas las habitaciones eran demasiado estrechas para permitir que un ser humano pasara a través de ellas. Se aplicaron “escobas” a cada tubo de la casa. Por “escobas” nos referimos a cepillos cilíndricos como los que usan los deshollinadores. En la vivienda no existe vía de escape posterior que permita bajar las escaleras sin ser visto por el grupo de personas que, en ese momento, subía. El cuerpo de *madmoiselle* L'Espanye estaba tan firmemente encastrado en la chimenea que se necesitó de la fuerza de cuatro o cinco hombres para bajarlo.

»Paul Dumas, médico, declara haber sido llamado cerca del amanecer para revisar los cuerpos. Los encontró recostados sobre una arpillera. El hecho de haber sido hallado ese cuerpo incrustado en la chimenea debería ser información suficiente para describir su estado. Era imposible descifrar el modo en que las heridas habían sido proferidas. Un hombre de fuerza prodigiosa blandiendo un tronco pesado, una plancha contundente de metal, una silla, cualquier objeto pesado y filoso las podría haber causado. Imposible que se tratara de una mujer.

»Alexandre Etienne, cirujano, fue convocado junto al señor Dumas para examinar los cadáveres. Corroboró el testimonio y las opiniones del señor Dumas.

»No se conoció ninguna otra información relevante a pesar de que otras personas sirvieron de testigos. Nunca antes la ciudad de París había presenciado un asesinato con detalles más misteriosos y confusos, en el hipotético caso de tratarse de eso. La policía no tiene un solo indicio, lo cual es muy extraño en casos como este. No hay una sola pista».

La edición vespertina del periódico decía que el alboroto continuaba en el barrio de Saint Roch. La escena del crimen había vuelto a ser registrada y más testigos habían sido citados a declarar. Todas estas medidas no habían dado ningún resultado. Una adenda, sin embargo, consignaba que Adolphe Le Bon había sido arrestado y encarcelado a pesar de no existir evidencia alguna en su contra más allá de los datos ya aportados.

Dupin parecía singularmente interesado en el asunto. Lo pude inferir por su comportamiento, ya que no pronunció palabra a respecto. Recién después del anuncio del arresto de Le Bon, requirió mi opinión sobre los asesinatos.

Solo atiné a considerarlos, como casi todo París, un misterio sin solución. No veía forma alguna de dar con el asesino.

—No debemos juzgar lo que significan estos asesinatos —dijo Dupin— por este simulacro de investigación. La policía de París, tan elogiada por su perspicacia, es bastante poco inteligente. No hay mé- todo alguno en sus procedimientos, no pueden ver más allá de sus

narices. Hacen alarde de sus medidas, pero estas son tan inútiles a sus propósitos que me recuerdan el pedido de *monsieur* Jordan, que exigía su bata para poder comprender la música. Puede suceder que de tanto en tanto consigan resultados vistosos, pero esas pequeñas victorias se deben, la mayoría de las veces, a su diligente y profusa actividad. Sus esquemas fallan cuando estas cualidades se ven excedidas. Vidoq, por ejemplo, era un buen adivinador y un hombre perseverante. Pero sin un pensamiento educado, caminaba en círculos, solamente guiado por la intensidad de sus investigaciones. Su visión se nublaba al mirar su objeto de estudio demasiado de cerca. Podía ver uno o dos puntos con gran claridad, pero, al hacerlo, necesariamente perdía perspectiva de la totalidad del problema. Es el pecado de ser demasiado profundo. La verdad no siempre se encuentra en las profundidades. De hecho, en lo que respecta a las cuestiones centrales, creo con firmeza que la verdad es invariablemente superficial. La profundidad no anida en los hondos valles en la buscamos, es en las cimas donde verdaderamente se encuentra. Los modos y fuentes de este tipo de error se encuentran bien tipificados en la contemplación de los astros. La mejor manera que existe para apreciar el brillo de una estrella es observarla de soslayo, a vistazos, con la parte exterior de la retina. El brillo se desvanece si la miramos de frente. Podemos captar una mayor cantidad de rayos, pero si nuestra observación es sesgada, tendremos una más refinada capacidad de comprensión. Una mirada demasiado sostenida, demasiado concentrada, demasiado directa, puede confundir y debilitar nuestro entendimiento hasta hacer que Venus desaparezca del firmamento.

»En lo que a estos crímenes se refiere —continuó—, investiguemos por nuestra cuenta antes de formarnos una opinión. La indagación nos proveerá algo de entretenimiento (pensé que «entretenimiento» era una palabra extraña aplicada a este caso, pero no dije nada). Además, Le Bon hace tiempo me prestó un servicio por el que le estoy agradecido. Vayamos allí y veamos con nuestros propios ojos. Conozco al Prefecto de la policía, G., no tendremos problema en conseguir los permisos necesarios.

Conseguimos los permisos y nos dirigimos de inmediato al lugar de los hechos. La calle Morgue es uno de esos miserables pasajes que unen la calle Richelieu con Saint Roch. Dada la distancia que separa nuestra residencia del mencionado barrio, llegamos recién al atardecer. Encontramos la casa sin mayor dificultad ya que había una pequeña multitud agolpada en la vereda de enfrente. La gente miraba las persianas cerradas con curiosidad insatisfecha. Era una casa como las hay cientos en París. Tenía un pórtico con un puesto de vigilancia con ventanas de vidrio como el que suelen ocupar los conserjes. Antes de ingresar caminamos por las calles aledañas y, atravesando un callejón, llegamos a la parte trasera del edificio. Dupin observaba tanto la casa como los alrededores con una minuciosidad exagerada a mi modesto entender.

Volvimos sobre nuestros pasos hacia el frente, tocamos timbre y una vez que mostramos nuestras credenciales, los agentes a cargo nos permitieron el ingreso. Subimos a la habitación donde se había encontrado el cuerpo de *mademoiselle* L'Espanye y ahora yacían ambos cadáveres. El desorden de la habitación se mantenía. No vi nada que

no hubiera sido descrito en el diario *Gazette des Tribunaux*. Dupin registró cada ápice de la habitación, incluidos los cuerpos de las víctimas. Procedimos luego a recorrer el resto de las habitaciones y el patio; un gendarme nos acompañaba en todo momento. Volvimos a nuestro hogar una vez que terminó el escrutinio, entrada ya la noche. En el camino de vuelta mi amigo se detuvo por un momento en la oficina de uno de los diarios matutinos.

Los caprichos de Dupin, como ya lo he hecho notar, eran muchos y variados. Hasta el mediodía siguiente se negó a discutir cualquier tema relacionado con los crímenes. Fue entonces cuando me preguntó si había notado algo peculiar en la atroz escena del crimen.

No sabría precisar por qué, pero había algo en el tono con el que enfatizó la palabra «peculiar» que me hizo estremecer.

—No, nada —dije—. Nada que no hayamos visto mencionado en los periódicos.

—Me temo que el *Gazette* —replicó— no ha logrado desentrañar el carácter particularmente horroroso de la cuestión. Pero olvide usted las opiniones de ese pasquín. Me parece que el misterio se considera insoluble por la misma razón por la que debería ser considerado de fácil solución. Me refiero al extravagante carácter de sus pormenores. La policía se encuentra confundida por la aparente falta de motivo. No por el asesinato en sí mismo, sino por la atrocidad con que fue cometido. Están perplejos ante la aparente imposibilidad de reconciliar las voces que los testigos afirman se encontraban en disputa, con el hecho de que no había nadie en el piso superior más que *mademoiselle* L'Espanye, muerta, y el hecho de que resultara imposible salir sin ser

visto por el grupo de personas que en ese momento subía por la escalera. El salvaje desorden de la habitación, el cuerpo encajado cabeza abajo en la chimenea, el pavoroso estado del cuerpo de la anciana; todos estos datos, junto con los antes mencionados y otros que no vale la pena traer a cuento, han sido suficientes para paralizar los poderes, precisamente expuestos por la jactancia de una agudeza inexistente, de los agentes gubernamentales. Han cometido el burdo pero no poco frecuente error de confundir lo inusual con lo profundo. Pero es por la desviación de la simpleza de lo común que la razón, de lograrlo, encuentra su camino hacia la verdad. En investigaciones como la que actualmente conducimos, no se debe preguntar «¿qué ha ocurrido?» tanto como «¿qué ha ocurrido ahora que no haya ocurrido antes?». De hecho, la simpleza con la que he de llegar, o he llegado, a la solución de este misterio es directamente proporcional a la imposibilidad de resolverlo que supone la policía.

Fijé la mirada en mi interlocutor con mudo asombro.

—Estoy esperando —continuó, mirando la puerta de nuestro apartamento— a una persona que, si bien quizás no sea la perpetradora de esta carnicería, debe tener algún grado de implicación en ella. Es muy probable que sea inocente de la peor parte de los crímenes. Espero que mis presunciones sean correctas, porque de ellas depende que mi lectura de este acertijo nos lleve a la verdad. Espero que esta persona se presente aquí, en esta habitación, en cualquier momento. Puede no llegar, es cierto, pero las probabilidades dicen que lo hará. De venir, será necesario detenerlo. Aquí hay pistolas, ambos sabemos cómo usarlas si la situación requiere de su empleo.

Apenas sabía lo que hacía o creía lo que oía cuando tomé las pistolas, mientras Dupin se despachaba en un soliloquio. Ya conté anteriormente como se abstraía en esos trances. Me hablaba a mí, pero su voz, si bien no gritaba, tenía esa entonación que suele usarse con personas que se encuentran a una gran distancia. Sus ojos, vacíos de expresión, solo miraban la pared.

—La evidencia demuestra, más allá de toda duda —dijo —, que las voces de la discusión que las personas que subían las escaleras escucharon de ninguna manera eran las de las mujeres. Esto nos permite eliminar la hipótesis de que la anciana ultimó a su hija para después quitarse la vida. Menciono esto mayormente para establecer un método, ya que *madame* L'Espanye no tenía la fuerza suficiente como para meter a su hija en el orificio de la chimenea. Sin mencionar que la brutal naturaleza de sus propias heridas descarta la posibilidad de que hayan sido autoinfligidas. Debemos concluir que se trata de un tercero. De ese tercero eran las voces que se escucharon. Déjeme usted hacerle notar lo «peculiar» de ese testimonio. ¿Observa usted algo «peculiar» en eso?

Remarqué que todos los testigos concordaban en que la voz grave era la de un francés, pero que no había consenso en cuanto a la voz aguda.

—Me habla usted de la evidencia —dijo Dupin— y no de lo que hay de peculiar en ella. Su observación no tiene nada de distintivo. Había, sin embargo, algo peculiar que observar. Los testigos, como usted dice, acuerdan acerca de la voz grave, allí hay unanimidad. Pero en lo que a la voz aguda respecta, la peculiaridad no es que estén en

desacuerdo, sino en que siendo interrogados un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés, todos acuerdan en que se trataba de un extranjero. Y cada uno aseguró que no se trataba de un compatriota suyo. Cada uno la relaciona no con la voz de un idioma que conoce, sino lo contrario. El francés supone que la voz es de un español; el francés, de haber sabido español, hubiese entendido algunas palabras en ese idioma. El holandés, dice que la voz era de un francés, pero si recordamos su testimonio, en este se decía «sin saber francés el testimonio fue tomado a través de un intérprete». El inglés cree que la voz era de un alemán, pero «no habla alemán». El alemán dice que «a juzgar por la entonación» se trata de un inglés, «a pesar de no hablar ese idioma». El italiano dice que la voz era la de un ruso, aunque tampoco domina ese idioma. Para colmo, hay un francés que difiere con el primero, y está seguro de que la voz era de un italiano, pero «desconociendo ese idioma» se basa, al igual que el español, en «la entonación». Ahora, cuán particularmente inusual debe haber sido esa voz que, de todos los testimonios aportados, provenientes de las cinco grandes divisiones de Europa, ninguno pudo reconocer un idioma que le sea familiar. Podría decirse que la voz pertenecía a un asiático o a un africano. No hay demasiados asiáticos o africanos en París; pero, sin negar la inferencia, voy a llamar su atención sobre tres detalles: la voz fue descrita por uno de los testigos más como «áspera» que como «estridente». Otros dos la describieron como «veloz y desigual». Ninguno de los testigos pudo distinguir palabras o sonidos parecidos a palabras.

»No podría evaluar —dijo Dupin— la impresión que he causado a su entendimiento, pero no me da miedo decir que de esas partes

de los testimonios (los que a la voz grave refieren) pueden extraerse deducciones válidas y que son estas suficientes para sostener la sospecha que debería haber guiado al progreso de la investigación del misterio. Dije «deducciones válidas», pero la expresión no es del todo correcta. Es mi deseo dar a entender que esas deducciones son las únicas apropiadas y que la sospecha se basa inevitablemente en ellas como único resultado posible. Lo que sospecho, todavía no he de revelárselo. Solo deseo que tenga en mente que, para mí, son lo suficientemente poderosas como para darle cierta forma, una tendencia, a mis indagaciones en el lugar de los hechos.

»Transportémonos ahora imaginariamente a esas habitaciones. ¿Qué es lo primero que debemos buscar allí? La forma en que los agresores salieron del edificio. Se puede decir que ninguno de los dos creemos en los sucesos sobrenaturales. *Madmoiselle* L'Espanye no fue atacada por espíritus. Los asesinos son de carne y hueso, y su escape debe responder a las leyes de la naturaleza. ¿Entonces cómo? Afortunadamente solo hay una forma de razonar al respecto, y esa forma debe llevarnos a la conclusión definitiva. Examinemos, de a una, las posibles formas de escapar. Que los asesinos se encontraban en la habitación donde fue hallada *madmoiselle* L'Espanye está claro. Cuando menos se encontraron en algún momento en la habitación adyacente, cuando el grupo de personas subía la escalera. Eso nos deja con solo dos habitaciones sobre las que indagar. La policía dio vuelta el piso, el techo y el revoque de las paredes buscando alguna pista. Nada debe haberse escapado de su atenta vigilancia. Pero, ya que no confío en ellos, decidí llevar adelante mi propia investigación. No encontré, entonces, elemen-

tos sin inspeccionar. Las dos puertas que dan al pasillo se encontraban correctamente cerradas, con las llaves puestas del lado de adentro. Veamos las chimeneas. Estas, a pesar de tener un diámetro normal a una altura de alrededor de tres metros por encima del hogar, no pueden admitir siquiera el paso de un gato grande. El escape por los medios ya mencionados es imposible, lo que nos deja, como única la posibilidad, la de un escape a través de la ventana. Las ventanas delanteras no podrían haber sido la ruta de escape, ya que la multitud parada en la puerta hubiera descubierto al prófugo en un segundo. Los asesinos *tienen* que haber salido por la ventana trasera. Ahora bien, una conclusión tan inequívoca no debería descartarse por imposibilidades aparentes. Solo nos queda probar que estas «imposibilidades» no son tales.

»Hay dos ventanas en esa pieza —continuó—. Solo una no se encuentra tapada por los muebles y está completamente a la vista. La parte inferior de esa ventana está obturada por un pesado pie de cama que se encuentra presionando sobre la misma. Se la encontró seguramente cerrada por dentro. Resistió los embates de aquellos que intentaron abrirla. En el costado izquierdo del marco se había hecho un pequeño agujero falso y se encontró un sólido clavo puesto allí, hundido casi por completo. Al examinar la otra ventana, encontré un clavo similar, y el vigoroso intento de abrirla fue en vano. La policía pareció conformarse con esto para asegurar que el escape no fue a través de esas ventanas. No hacía falta retirar los clavos e intentar abrirlas.

»Mi indagación —dijo Dupin— fue quizás más detallista debido a las razones que acabo de enunciar, porque sabía que todas esas imposibilidades aparentes debían probarse posibles en la realidad. *A poste-*

riori razoné de la siguiente manera: los asesinos escaparon por una de estas ventanas. De ser esto así, no pueden haber vuelto a asegurarla desde adentro como fueron encontradas, lo que por su obvedad hizo que la policía no continuara las investigaciones en esta línea. Sin embargo, el marco de la ventana fue asegurado. *Deben* poder asegurarse solas entonces. Era la única explicación posible. Eché un vistazo a la ventana que se encontraba a la vista, sin obstrucciones. Saqué el clavo no sin cierta dificultad, e intenté levantar la ventana. Como había anticipado, resultó imposible. Debía haber un resorte escondido, y el poder corroborarlo me permitió saber que al menos mis premisas eran correctas, sin importar lo misteriosas que aún parezcan las circunstancias que rodean el tema de los clavos. Una búsqueda detallada me permitió dar con el resorte oculto y, al presionarlo, pude levantar la ventana. Tomé el clavo y lo revisé atentamente. Cualquier persona que salga por esta ventana podría haberla vuelto a cerrar, y el resorte hubiera vuelto a su posición, pero el clavo no puede haber sido reemplazado. La conclusión es simple, y sigue estando dentro del campo de mis deducciones. Los asesinos *deben* haber escapado a través de la otra ventana. Si suponemos que los resortes de las dos ventanas son iguales, la diferencia debe estar en los clavos, o al menos la forma en que los clavos fueron allí empotrados. Trepano a la parrilla de la cama, pude observar con detenimiento la ventana que se encontraba encima de cabecera. Inmediatamente localicé el resorte y lo presioné. Como lo suponía, era idéntico al de la otra ventana. Observé entonces el clavo. Se encontraba tan firme como el otro, aparentemente clavado de la misma manera, enterrado prácticamente hasta la cabeza.

»Desconoce usted la naturaleza de mi mente —continuó— si cree que la frustración se apoderó de mí en ese momento. Para utilizar una expresión deportiva, no cometí «falta» alguna. No me aparté un centímetro de la esencia de mis inducciones. Mis premisas eran correctas. Había rastreado el misterio hasta las últimas consecuencias, y todos los caminos conducían hacia el clavo. Tenía toda la apariencia de ser igual que el clavo de la otra ventana, pero este hecho nada significa si pensamos que aquí, en este mismísimo punto, termina la madeja de este hilo que es la clave del misterio. «Debe haber algo extraño en este clavo», me dije. Lo toqué y la cabeza del clavo, con un cuarto de pulgada del cuerpo fuera de la madera, cayó en mis dedos. Lo que quedaba del cuerpo del clavo se encontraba ubicado en el agujero falso. La rotura no era nueva (ya que ambos extremos estaban cubiertos de óxido) y parecía haber sido perpetrada por un martillo, lo que había hecho que la cabeza se introdujera parcialmente en el marco de la ventana. Volví a colocar la cabeza del clavo en el lugar de donde la había extraído: el clavo parecía encontrarse en perfectas condiciones, la fisura se hacía invisible. Presionando el resorte, levanté cuidadosamente la hoja de la ventana unos cuantos centímetros. La cabeza del clavo subió con la ventana, sin moverse. Al cerrar nuevamente la ventana el clavo parecía perfectamente sano. El acertijo, por lo pronto, estaba resuelto. El asesino había escapado a través de la ventana que se encontraba sobre la cama. La ventana se cerró sola, o quizás el malhechor la cerró, una vez que salió. Fue el resorte el que volvió el clavo a su lugar. La policía desestimó, gracias al resorte, el clavo, y consideró innecesario seguir investigando el asunto.

»La siguiente pregunta fue sobre el modo de escape —dijo—. Mi caminata alrededor del edificio había satisfecho mi curiosidad en ese sentido. El cable de un pararrayos se encuentra a un metro y medio de la ventana en cuestión. Era imposible pensar que alguien pudiera haber llegado hasta la ventana desde allí, y mucho menos acceder a la habitación. Observé que los postigos de la habitación del cuarto piso eran de un tipo que los carpinteros llaman *ferrades*, que ha caído en desuso hoy en día en París pero que es muy común en mansiones de Lyon y Bordeaux. Tienen la forma de una hoja simple con la excepción de que la mitad inferior es en forma de enrejado, dejando de esa manera espacio para que un par de manos puedan agarrarse fácilmente. Estas ventanas tienen un ancho de cerca de un metro. Cuando las vimos desde la parte trasera del edificio, ambas estaban abiertas de par en par, lo que quiere decir que se encontraban en un ángulo recto con respecto a la pared. Es probable que la policía, como yo, haya examinado la parte trasera del edificio. Pero al observar estas ventanas no tuvieron en cuenta el ancho. De hecho, al observar que el escape por esta vía era imposible, desearon seguir con la investigación en esta línea. Sin embargo, para mí resultaba claro que la ventana que se encontraba sobre la cama de la habitación, de ser abierta completa hasta la pared, podría quedar a escasos dos metros del cable del pararrayos. Me resultaba evidente que se podría haber llegado a ingresar por dicha ventana de poseer una fuerza inusual. Al llegar a una distancia de unos setenta centímetros (supongamos ahora que esa ventana se encontraba abierta) un ladrón podría haberse afirmado en la parte enrejada de la misma. Lanzándose desde el cable del pararrayos po-

dría haber alcanzado con sus pies la pared, saltar haciendo contrapeso y así llegar a la ventana y, de ser como suponemos que la ventana estaba abierta, ingresar en la habitación.

»Deseo recordarle que lo que describo requiere de una fuerza *muy* inusual para poder ser llevado a cabo. Quiero demostrarle en primera instancia que esta empresa es posible y que, en segunda instancia, pero mucho más importante, se necesitaría de una fuerza sobrehumana. Dirá usted, sin lugar a dudas, utilizando la verba legal, que para «fortalecer mi caso» debería yo minimizar la fuerza del teórico individuo que ingresó en las habitaciones. Esto podría funcionar en los tribunales, pero no funciona así en una investigación policial —dijo Dupin—. Mi objetivo último es la verdad. Mi propósito inmediato es que usted pueda conjugar las ideas de fuerza sobrenatural, una voz aguda, desigual, sobre cuya nacionalidad no hay dos personas que puedan acordar, y sobre la que no se pudo detectar palabra alguna.

Al pronunciar Dupin estas palabras me invadió una vaga sensación de lo que quería decir. Me encontraba al borde de comprenderlo, pero sin poder hacerlo del todo. Como las personas que, a veces, sienten la inminencia de un recuerdo que no termina de aflorar. Mi amigo continuó:

—Habrá observado usted —dijo— que he cambiado el foco desde el modo de egreso al modo de ingreso. Mi intención era dar a entender que ambos hechos se habían producido de la misma manera y por el mismo lugar. Observemos más de cerca las apariencias entonces. Los cajones del escritorio habían sido rápidamente registrados, sin embargo, muchos de los artículos que allí se encontraban seguían

en su lugar. La conclusión que de esto podemos extraer es absurda. Es una simple conjetura, desatinada quizás, y no más. ¿Cómo saber que los artículos que todavía se encontraban en los cajones eran los que originalmente se encontraban allí? *Madame L'Españe* y su hija vivían una vida extremadamente retirada, rara vez dejaban la casa, no recibían visitas. La poca ropa que poseían parecía coincidir con la de dos mujeres de su condición. Si un ladrón hubiese robado algo, ¿por qué no llevarse las mejores prendas, por qué no se llevaron todo? En resumidas cuentas, ¿por qué dejaron allí cuatro mil francos en oro? ¿Por qué dejar el oro y cargar con la ropa de cama? El oro *había sido abandonado* después de todo.

»Prácticamente la totalidad de la suma descrita por *monsieur Mignaud*, el banquero, fue hallada en bolsas en el piso. Deseo, por consiguiente, que abandone la idea simplona de la policía acerca de un «móvil del crimen» por el simple hecho de que tenían ese dinero en su casa. Coincidencias diez veces más particulares que esta (la entrega de dinero y los homicidios ocurridos tres días después) nos suceden al resto de los mortales a cada hora sin atraer la más mínima sospecha. Las coincidencias suelen ser un gran escollo en el pensamiento de aquellas personas no versadas en la teoría de las probabilidades. Teoría a la que debemos los más ilustres ejemplos de erudición. Bajo las presentes circunstancias, de haber desaparecido, el hecho de que el oro había sido entregado en la casa tres días antes hubiese sido mucho más que una simple coincidencia. Hubiese corroborado la idea de un móvil. Pero, en este caso, de ser el robo el motivo de esta atrocidad, nos veríamos frente a un perpetrador lo suficientemente idiota como para abandonar el oro y el móvil del crimen.

»Teniendo en cuenta los puntos sobre los que lo hice reflexionar (la peculiar voz, la inusual agilidad y la desconcertante falta de motivo en un homicidio tan atroz como este), pensemos ahora en la carnicería en sí misma. Tenemos a una mujer asesinada por estrangulamiento manual, encajada en una chimenea cabeza abajo. Los asesinos normales no utilizan este método. Mucho menos se deshacen de los cadáveres de esta manera. Por la forma en que el cuerpo fue empujado por la chimenea, concordará usted conmigo en que hay algo excesivamente raro, algo absolutamente irreconciliable con nuestro modo de entender la naturaleza humana. Incluso si sospechamos que los autores son los hombres más depravados que podemos imaginar. Piense también en la fuerza necesaria para meter un cuerpo por una apertura tan estrecha como la de la chimenea, una fuerza tan bestial que se necesitó de varias personas para poder bajar ese cuerpo.

»Piense ahora —continuó Dupin— en los indicios del empleo de un vigor por demás maravilloso. No me voy a detener en los moretones en el cuerpo de *madame L'Espanye*. Tanto *monsieur Dumas* como su ayudante *monsieur Etienne* expresaron que habían sido infligidos con un objeto contundente; hasta ahora han acertado en todos sus diagnósticos. Ese objeto es claramente uno de los adoquines del patio, sobre los que la víctima cayó desde la ventana sobre la cama. Esta idea, por más simple que pueda parecer, escapó de las especulaciones policiales por el mismo motivo por el que no pudieron deducir el asunto del ancho de las ventanas, porque no pudieron ver el clavo y sus mentes se encontraban herméticamente selladas a la posibilidad de que las ventanas se hubieran podido abrir.

»Si ahora, sumado a eso, ha usted reflexionado sobre el desorden en la habitación, hemos llegado a la combinación de una increíble agilidad, una fuerza sobrehumana, una brutal ferocidad, una carnicería sin motivos, un horror grotesco fuera de cualquier tipo de humanidad y una voz, descrita como extranjera por personas de cinco nacionalidades diferentes, de la que es imposible discernir palabra alguna, ¿qué resultado obtenemos? ¿Qué idea se le ocurre?

Sentí un frío recorriendo mi espalda cuando Dupin me hizo esa pregunta.

—Un demente hizo esto —dije—. Un loco rabioso, escapado de un manicomio.

—En cierto sentido —dijo Dupin— su idea no es irrelevante. Pero las voces de los alienados, incluso en el más salvaje paroxismo, nunca concuerdan con la voz que se escuchó en la habitación. Los locos tienen su nacionalidad y su lenguaje, sin importar lo incoherente de su significado, siempre se expresan en palabras. Además, el cabello de un loco no es como el que ahora tengo en mi mano. Desenredé estos cabellos de entre los dedos rígidos de *madame* L'Espanye. ¿Qué puede usted inferir de eso?

—¡Dupin! —dije—. Esos cabellos son por demás inusuales, no son *humanos*.

—No he dicho que lo sean —dijo—. Pero, antes de tomar una posición, me gustaría que mirase el bosquejo que hice en este pedazo de papel. Es un dibujo facsimilar de lo que, en un testimonio, fue descrito como oscuros moretones en la garganta de *madmoiselle* L'Espanye.

»Percibirá usted —continuó mi amigo exponiendo el papel en la mesa— que este dibujo da la idea de un agarre firme y fijo. No hay señales de corrimiento. Cada dedo ha mantenido sobre la víctima, probablemente hasta su muerte, un horroroso control. Intente ahora poner todos sus dedos, al mismo tiempo, en cada una de las huellas que usted ve.

Hice el intento en vano.

—Es probable que no estemos intentándolo bien —dijo—. El papel se encuentra sobre una superficie plana, pero la garganta humana es cilíndrica. Aquí tiene usted un leño con una circunferencia parecida a la de una garganta. Envuelva usted el tronco con el papel y vuelva a intentar.

Lo hice, pero la dificultad era todavía mayor.

—Esta —dije— no es la marca de una mano humana.

—Lea ahora este pasaje de un texto de Cuvier —dijo Dupin.

Era la descripción anatómica y general de un gran orangután proveniente de las islas Indias Orientales. La gigantesca estatura, la prodigiosa fuerza y agilidad, la salvaje ferocidad y la propensión imitativa de estos mamíferos es lo suficientemente conocida. Comprendí entonces el horrible alcance de este homicidio de repente.

Una vez finalizada la lectura, dije:

—La descripción de los dígitos es exactamente igual al dibujo, y, de las especies mencionadas, solo el orangután puede haber dejado las huellas que usted recolectó. Ese mechón de pelo amarronado es, también, idéntico al que describe Cuvier. Lo que no puedo comprender del todo son los detalles de este tremendo crimen. Otro elemento

inexplicable es que una de las *dos* voces que se escucharon peleando era, sin lugar a duda, la de un francés.

—Es cierto. Y recordará usted una expresión que casi todos los testigos mencionaron: «mon Dieu» (Dios mío). Este hecho, en este contexto, fue descrito por uno de los testigos, Montani, el confitero, como una enunciación proferida en forma de amenaza. Fueron esas las palabras que me dieron esperanzas de resolver el acertijo. Había un francés, hombre, al tanto de este asesinato. Es posible, de hecho, es mucho más que probable, que esta persona sea absolutamente inocente de las atrocidades cometidas. El orangután debe habersele escapado. Puede haberlo rastreado hasta esta habitación, pero ante las perturbadoras circunstancias ocurridas, no debe haber podido recapturarlo. Eso está todavía por verse. No voy a seguir adelante con estas conjeturas (no tengo derecho a nombrarlas de otra manera) ya que el tono de las reflexiones sobre las que se basan apenas tiene la profundidad suficiente como para resultar plausibles para mi propio intelecto, y mucho menos puedo pretender hacerlas inteligibles para otros. Las llamaremos conjeturas, y hablaremos de ellas en esos términos. Si, como supongo, el francés es inocente, el aviso que hice publicar anoche en el *Le Monde*, un periódico dedicado a asuntos marinos, y por ende leído mayoritariamente por marineros, lo traerá hasta nuestra residencia.

Me entregó un periódico donde pude leer lo siguiente:

«ATRAPADO. Temprano en la mañana del... (día de los asesinatos) un gran orangután amarronado de la especie de Borneo fue encontrado en el parque Bois de Boulogne. El propietario, que se

presume un marinero perteneciendo a un barco con bandera de Malta, puede recobrar su espécimen una vez reconocido y abonados algunos costos en los que se incurrió para su captura y mantenimiento. Llamar al número..., calle..., Faibourg Saint Germain, tercer distrito».

Pregunté a Dupin:

—¿Cómo es posible que haya usted sabido que el hombre es un marinero perteneciente a un barco maltés?

—No lo sé a ciencia cierta —dijo Dupin—. Tenemos, sin embargo, un pequeño pedazo de lazo que, por su forma y su mugrosa apariencia, ha sido utilizado para atar esas largas colas de pelo a las que los marineros son tan adeptos. Más aún, este nudo solo pudo haber sido hecho por un hombre de mar, particularmente un marinero maltés. Encontré el lazo cerca del pie del pararrayos. No pudo haber pertenecido a ninguna de las víctimas. Incluso en el hipotético caso de haber errado en mis deducciones sobre el lazo del francés, el hecho de haber agregado esos datos al anuncio no puede contrariar nuestros propósitos. De estar errado, simplemente supondrá que ciertas circunstancias me llevaron a pensar eso, y no tendrá inconveniente en preguntar sobre ellas. Pero, de estar en lo cierto, tenemos mucho por ganar. Conocedor del hecho de sangre, aunque inocente, el francés dudará en responder al aviso. Razonará entonces de la siguiente manera: «soy inocente; soy pobre; mi orangután es de un gran valor, ¿por qué he de perderlo en razón de inútiles elucubraciones sobre un presunto peligro? Aquí está, a mi alcance. Fue encontrado en el parque Bois de Boulogne, muy lejos de donde los asesinatos fueron perpetrados. ¿Quién puede sospechar de una bestia salvaje como



CHACHI VERONA

responsable de esos hechos? La policía se encuentra en falta, pues ha fallado en encontrar la más mínima prueba. Incluso si lograsen rastrear al animal, sería imposible probar que yo tenía noticia del asesinato o hacerme responsable del delito a la luz de ese conocimiento. Pero, por sobre todas las cosas, saben de mí. La persona que puso el aviso en el periódico me adjudica la posesión del animal. De no reclamar la propiedad sobre una bestia de semejante valor, que se sabe me pertenece, dirigiré la atención hacia mí o hacia la bestia. Voy a responder al aviso, recuperar el orangután, y mantenerlos vigilado hasta que todo este asunto haya caído en el olvido.

En ese momento escuchamos pasos en la escalera.

—Tenga sus armas listas —me dijo Dupin—. Pero no las muestre o las use hasta que yo le dé señal de hacerlo.

La puerta delantera se encontraba abierta. El visitante había ingresado sin tocar el timbre y había avanzado varios pasos hasta la escalera. Ahora parecía dudar. Lo escuchamos empezar a descender. Dupin corrió hasta la puerta, pero se detuvo cuando escuchamos sus pasos subiendo nuevamente. No volvió a frenarse; subió con determinación y golpeó con fuerza la puerta de nuestras habitaciones.

—Adelante —dijo Dupin en tono afable y alegre.

El hombre ingresó. Era evidentemente un marinero —alto, fornido, musculoso, con cierta expresión temeraria, no poco atractivo—. Su rostro, extremadamente bronceado, se escondía detrás de un gran bigote tipo mostacho. Llevaba consigo una enorme cachiporra de roble. Por todo lo demás, parecía desarmado. Hizo una torpe reverencia. Nos saludó con un «buen día» que, pronunciado con acento francés,

aunque con un leve tono del cantón de Neuchâtel, en Suiza, denotaba su origen parisino.

—Siéntese amigo —dijo Dupin—. Supongo que ha venido usted por el orangután. Créame cuando le digo que prácticamente lo envidio, es un fantástico espécimen, y debe ser de un gran valor. ¿Cuántos años supone usted que tiene?

El marinero suspiró profundo, como aliviado de una intolerable carga, y respondió con un tono seguro.

—No sabría decirle con exactitud, pero no puede tener más de cuatro o cinco años. ¿Lo tiene usted aquí?

—No, no tenemos las comodidades suficientes como para darle alojamiento aquí. Está aquí cerca, en un establo de la calle Dubourg. Puede usted ir a retirarlo por la mañana. Me imagino que se encuentra usted en condiciones de reconocerlo.

—Por supuesto.

—Voy a extrañarlo —respondió Dupin.

—No pretendo que haya usted atravesado todas estas molestias por nada, señor —dijo el hombre—. No espero nada por el estilo. Estoy más que dispuesto a ofrecerle una recompensa por haber encontrado al animal, siempre y cuando esa recompensa sea razonable.

—Bien —dijo Dupin—. Es muy amable de su parte. Déjeme pensar, ¿qué podría yo pedir a cambio? ¡Ya sé! Mi recompensa será que me dé usted toda la información que posea sobre los crímenes de la calle Morgue.

Dupin pronunció estas palabras en un tono muy bajo, lentamente. De la misma manera se dirigió hacia la puerta, se paró delante de ella, le echó cerrojo y guardó la llave en su bolsillo. Sacó a continuación

una pistola de entre su ropa y la depositó, con enorme delicadeza, sobre la mesa.

Como si se estuviese por sofocar, la cara del marinero se puso roja. Miró sus pies y llevó la mano hacia su cachiporra, pero su siguiente movimiento fue sentarse. Temblaba violentamente y su mirada era fatal. Sentí una profunda compasión por él.

—Amigo —dijo Dupin—. Se alarma usted innecesariamente. No deseamos hacerle ningún mal. Le juro por mi honor de caballero francés que no deseamos causarle problema alguno. Sé perfectamente que es usted inocente de los crímenes de la calle Morgue. No tendría sentido, por otra parte, negar su participación en los hechos. Por lo que ya le he revelado, se dará cuenta usted que tengo en mi poder medios de información sobre este asunto insospechados por usted. Ahora la cosa es así: usted no ha hecho nada que haya podido evitar, nada que lo haga culpable. Ni siquiera es usted culpable de robo, cuando bien podría haber robado con impunidad. No tiene nada que ocultar. No tiene motivos para hacerlo. Por otro lado, tiene usted la obligación moral de confesar todo lo que sabe. Un hombre inocente hoy se encuentra en prisión acusado de un crimen que usted puede develar.

—De acuerdo —dijo el hombre tras una breve pausa—. Le diré todo lo que sé sobre este asunto, pero no pretendo que crea usted nada de lo que voy a contarle. Sería un necio si pensara que eso es posible. Soy inocente y, si debo morir por esto, por lo menos diré la verdad.

Lo que relató, fue, en resumen, lo siguiente: había viajado recientemente a un archipiélago en Indonesia. Una parte del grupo, en la que

se encontraba, había hecho tierra en Borneo, realizando una excursión de placer al interior de esta isla. Un compañero y él habían capturado al orangután. Al morir dicho compañero, el orangután pasó a ser de su exclusiva propiedad. Luego de una innumerable cantidad de problemas que le acarreó, debido a su ferocidad, el tener que traer de vuelta y mantener al simio cautivo en el barco, finalmente consiguió alojarlo en su hogar parisino donde, para no atraer la curiosidad de los vecinos, lo mantuvo cuidadosamente encerrado hasta que se curara de una herida en el pie causada por una astilla del barco. Su objetivo final era venderlo.

Al volver a casa luego de una noche de parranda con otros marineros, la madrugada misma de los asesinatos, encontró a la bestia en su propia habitación, a la cual había ingresado tras romper el armario en donde había sido, a su entender, seguramente aprisionada. Con una navaja en la mano y frente a un espejo, el orangután intentaba afeitarse, lo que sin lugar a dudas había aprendido de observar a su amo a través de la cerradura del armario. Aterrorizado al ver una bestia salvaje en posesión de tan peligroso elemento, el hombre se vio paralizado. El uso de un látigo le había servido en repetidas oportunidades para calmar a la fiera, y eso intentó. Pero al ver el látigo el orangután salió disparado por la puerta de la habitación, bajó las escaleras y, a través de una ventana que desafortunadamente estaba abierta, ganó la calle.

Desesperado, el francés se lanzó a perseguirlo. El simio, con la navaja todavía en la mano, ocasionalmente se detenía para observar y gesticular a su perseguidor hasta que este parecía a punto de atraparlo. Luego volvía a distanciarse. Esta persecución continuó de la misma manera por un largo tiempo. Las calles se encontraban en profundo silen-

cio, dado que eran casi las tres de la mañana. Al atravesar un callejón trasero a la calle Morgue, la atención del perseguido fue captada por la luz proveniente de la habitación de *madame* L'Espanye, ubicada en el cuarto piso del edificio. Prontamente el simio subió por el cable del pararrayos con una agilidad inusitada. Se tomó del postigo, que se encontraba completamente abierto, y balanceándose ingresó directamente por la ventana a la cabecera de la cama. Esta escalada no duró más de un minuto. El orangután pateó el postigo al ingresar a la habitación, dejándolo nuevamente abierto.

Mientras tanto el marinero no salía de su asombro. Aunque tenía ahora grandes esperanzas de atrapar a la bestia, dado que difícilmente podría esta escapar de la trampa en la que se había metido. Su única alternativa era descender por el pararrayos, donde el marinero podría fácilmente interceptarlo. Por otra parte, se encontraba muy intranquilo por lo que podría suceder en el interior de la casa. Fue este último pensamiento el que lo impulsó a continuar su persecución. Trepas por un pararrayos es tarea sencilla, especialmente para un marinero, pero al llegar a la altura de la ventana, que se encontraba alejada y a su izquierda, su ascenso se detuvo. Lo máximo que pudo hacer fue estirarse para poder ver el interior de la habitación. El horror de lo que vio casi le cuesta el equilibrio y una caída libre desde el cuarto piso. Fue entonces que dio esos tremendos gritos despertaron a los vecinos de la calle Morgue. *Madame* L'Espanye y su hija, vestidas con ropa de cama, se encontraban aparentemente ocupadas acomodando algunos papeles en la caja fuerte que había sido ubicada en el centro de la habitación. La misma se encontraba abierta, y su contenido estaba

esparcido por el piso. Las víctimas deben haber estado sentadas de espalda a la ventana. Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido entre el ingreso de la bestia y los gritos, es probable que no hayan notado su presencia de inmediato. El ruido producido por la ventana bien podría haber sido causado por el viento.

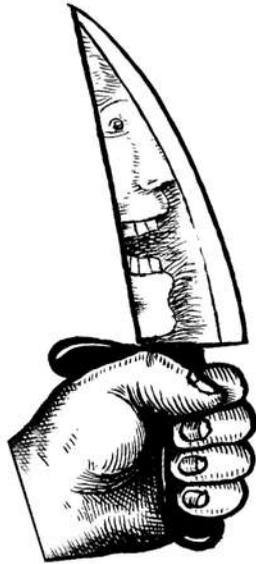
Ante la mirada del marinero, el gigantesco animal había tomado a *madame* L'Espanye por el cabello (que llevaba suelto ya que había estado peinándolo) y hacía relucir la navaja frente a su rostro, imitando los movimientos de un barbero. La hija yacía postrada e inmóvil: se había desmayado. Los gritos y forcejeos con la anciana iban convirtiendo los probablemente pacíficos propósitos del orangután en ira. De un solo movimiento de su musculoso brazo, el simio prácticamente decapitó a la mujer. La sangre llevó a la bestia de la ira al frenesí. Haciendo rechinar sus dientes y con una mirada incendiada, se abalanzó sobre ella apretándola hasta dejarla sin vida. Su mirada perdida dio con la cara aterrorizada de su amo, al asomarse por la ventana sobre la cabecera de la cama. La furia del orangután, ante la idea del látigo, se transformó en miedo. Consciente de merecer un castigo, intentó ocultar su crimen y recorrió la habitación con una nerviosa agitación, arrastrando la cama por la cabecera. Primero introdujo el cuerpo de la muchacha en la chimenea tal como fue encontrada y luego lanzó a la anciana de cabeza través de la ventana.

Mientras el simio se acercaba a la ventana con su víctima, el marinero, más que bajar, se arrojó por el pararrayos y corrió hasta su domicilio, temiendo las consecuencias de esa carnicería y abandonado en su terror toda consideración por el destino del orangután. Las

palabras que oyeron las personas que ingresaron a la casa fueron las exclamaciones de horror del francés mezcladas con el diabólico murmullo de la bestia.

Poco tengo para agregar. El orangután debe haber escapado por el pararrayos poco antes de que derribaran la puerta. La ventana se debe haber cerrado tras su paso. Fue más tarde atrapado por su dueño y vendido por una enorme suma al jardín botánico de París. Le Bon fue inmediatamente liberado después de que hubimos narrado los hechos (con algunos comentarios de Dupin) en el despacho del prefecto de policía. Este funcionario, a pesar del aprecio que sentía por mi amigo, no pudo ocultar del todo su disgusto con la forma en que los sucesos se habían desarrollado y se permitió algún que otro sarcasmo sobre lo bueno que sería que cada quien se meta en sus propios asuntos.

—Déjelo usted hablar —dijo Dupin, que no creyó necesario contestar—. Déjelo usted discurrir un poco. Ayudará a calmar su conciencia. Me siento satisfecho con el hecho de haberlo vencido en su propio terreno. No es rara, sin embargo, su imposibilidad de resolver el misterio, como él mismo alega. Porque, a decir verdad, nuestro prefecto es demasiado astuto para ser profundo. Su sabiduría no es menor. Es pura cabeza sin cuerpo, como los retratos de la diosa Laverna; o, mejor aún, pura cabeza y hombros, como un bacalao. Pero es una buena persona después de todo. Lo aprecio por sobre todas las cosas por esa maravillosa pincelada de hipocresía. Por eso ha adquirido su fama de ingenuo, me refiero a su afición a «negar lo que es y explicar lo que no es».



Índice

El corazón delator	11
Eleonora	21
El tonel de amontillado	33
Hop-Frog	45
Los crímenes de la calle Morgue	59

Esta edición se terminó de imprimir en
A toda tinta impresos,
San Martín 1863, Santo Tomé, Santa Fe, Argentina,
en el mes de marzo de 2019.

Después de leer un libro se transforma lo que sabemos, lo que creemos, lo que sentimos sobre cada pedacito del mundo. Aun en el acto individual de la lectura hay un sentido colectivo que se fortalece, moviliza el encuentro con otros para compartirla...

Así, el libro y la escuela se dan la mano en una alianza indisoluble e infinita.



COLECCIÓN REDES DE TINTA

Libro de distribución no comercial

